

**Material de formación política de la
«Cátedra Che Guevara – Colectivo AMAUTA»**



La revolución permanente en América Latina

Autor
CARLOS ROSSI
[seudónimo]

[edición original de 1972]

Cuadernos Rojos



Introducción

La revolución cubana ha polarizado el campo de la lucha de clases en América Latina y ha llevado los problemas planteados por la teoría de la revolución permanente al centro del debate político y estratégico dentro del movimiento obrero. Los recientes acontecimientos del continente, tales como el fracaso del régimen "nacionalista militar" boliviano del general Torres y el giro represivo y derechista del régimen "militar nacionalista" de Perú, confirman una vez más la urgente necesidad que tienen los marxistas revolucionarios de disipar todas las ilusiones "nacional-democráticas", de reventar sin el menor miramiento todas las pompas de jabón "populistas", de atravesar con resolución todas las cortinas de humo "patrióticas" difundidas entre las masas trabajadoras por los ingenuos, por los stalinistas (que no son, por cierto, ingenuos), por los reformistas pequeñoburgueses y por otros neomencheviques.

La actualidad de la estrategia de la revolución permanente en América latina no incumbe para nosotros a un dogma abstracto e intemporal, sino que surge de un concreto análisis histórico y socioeconómico, análisis que muestra:

- a) El papel nefasto de la ideología stalinista de la revolución por etapas, que ha colocado a generaciones enteras de militantes comunistas sinceros y dedicados a remolque de la burguesía en el camino del oportunismo y la defección;
- b) La incapacidad de las revoluciones democrático-burguesas en América latina para cumplir de una manera radical y duradera con sus tareas históricas: la liberación nacional y la solución del problema agrario;
- c) La realización práctica de la revolución permanente en Cuba, con la transformación de la revolución democrática en revolución socialista y con la fusión, al fuego de la lucha de clases, de las tareas antilatifundistas, antimperialistas y anticapitalistas;
- d) El carácter predominantemente capitalista de las formaciones socioeconómicas latinoamericanas y su estrecha vinculación con el capital imperialista, fundamento económico del carácter anticapitalista de la revolución en el continente;
- e) El papel de la alianza obrero-campesina (políticamente dirigida por el proletariado) como base social real de la revolución latinoamericana.

La teoría de la revolución permanente no es nueva en América latina: se la encuentra explícitamente formulada en los textos del Komintern leninista (1920), en los escritos de los fundadores del comunismo latinoamericano (Mariátegui, Mella) y en los documentos del movimiento trotskysta. Pero particularmente en el curso de la década de 1960, a la luz de la revolución cubana y de los escritos del Che, una nueva generación militante va a encontrar en América latina las fuentes del marxismo revolucionario y va, asimismo, a entablar sus combates bajo la bandera de la revolución permanente.

Dedicamos estas páginas a la memoria de tres heroicos representantes de esa generación: Luis Eduardo Merlino (Brasil), Tomás Chambi (Bolivia) y Luis Enrique Pujals (Argentina), militantes trotskistas, miembros de la IV Internacional, muertos en el combate por la revolución socialista latinoamericana y mundial.

París, 15 de mayo de 1972

1

Teoría y práctica stalinistas de la revolución por etapas en América latina

Los mencheviques son los verdaderos precursores de la teoría stalinista de la revolución por etapas. Sus ideólogos (Plejánov, Dan, Martynov y compañía) habían dado a luz antes de 1917, mediante la aplicación de una versión vulgarizada, empobrecida, mecanicista y economicista del marxismo, el siguiente esquema dogmático:

- 1) Rusia es un país "oriental", bárbaro, atrasado, feudal, precapitalista.
- 2) *Por tanto*, Rusia se halla madura para una revolución democrático-burguesa, para un "1789 ruso", que eche abajo al zarismo y permita el libre desarrollo de las fuerzas productivas capitalistas y de la democracia parlamentaria.
- 3) *Por tanto*, la burguesía liberal, antiabsolutista y antifeudal habrá de dirigir esta revolución, con el apoyo del proletariado y del campesinado.
- 4) Ya en el poder, la burguesía desarrollará el capitalismo en Rusia, mientras que la socialdemocracia organizará, en la oposición, al proletariado. Hasta que un buen día, en un lejano porvenir, cuando Rusia se haya convertido en un país industrializado, moderno y maduro para el socialismo (como Alemania, como Francia o Inglaterra), el proletariado socialista llegará al poder.

Lenin nunca creyó, por el contrario, que la burguesía rusa pudiera desempeñar un papel revolucionario democrático consecuente. Es cierto que antes de 1917 proponía un carácter democrático-burgués para la futura Revolución Rusa, pero consideraba a ésta como la obra de una alianza obrero-campesina que instauraría el poder de la dictadura democrática del proletariado y el campesinado. En abril de 1917, Lenin comprende (como ya lo había comprendido Trotsky en 1906) que únicamente la *dictadura del proletariado*, sostenida por el campesinado, puede llevar verdaderamente a cabo la revolución democrática y antifeudal, sin dejar de adoptar desde luego medidas de *transición Inicia el socialismo*. Por consiguiente, Lenin relega, en un artículo publicado el 13 de abril, la fórmula "dictadura democrática del proletariado y el campesinado" a los archivos del viejo bolchevismo.

A partir de 1924-25, Stalin comienza la revisión del leninismo y elabora, en primer término a propósito de China, la estrategia semi-menchevique de la "revolución por etapas": la primera etapa, democrático-burguesa (o "agraria y antiimperialista", o "nacional y antifeudal"), será la obra de un "bloque de cuatro clases": el proletariado, el campesinado, la pequeña burguesía y la burguesía nacional. (La segunda etapa, socialista, queda diferida más o menos para las calendas griegas). La expresión política de ese bloque en China fue la entrada del PC chino en el Kuomintang de Chiang Kai-Shek, supuesto partido de la burguesía nacionalista revolucionaria. Semejantes tesis, que Stalin va a imponerle al PC chino de 1925 a 1927 y que conducirán al catastrófico fracaso de Shangai en 1927 (matanza de los comunistas por Chiang Kai-Shek), eran desarrolladas con un entusiasmo particularísimo por el ex-economista de 1902, ex-menchevique y nuevo aliado del stalinismo Martynov, convertido en vocero oficial del PC soviético en lo atinente a China. .. Además, la línea china de Stalin gozaba del apoyo tan cálido como explícito de los mencheviques: Dan, su dirigente exiliado, alababa en

abril de 1927 la "sabiduría" de la política soviética en China, que, "según el buen método menchevique", insistía en el sentido de "no imponer prematuramente objetivos socialistas" a la revolución china. El órgano oficial de los mencheviques exiliados, *Mensajero Socialista*, escribía en su número del 9 de mayo con respecto a las tesis de Stalin: "Si se hace abstracción de las palabras que obligadamente recubren las tesis de un jefe comunista, no es posible objetar mayor cosa al aspecto esencial de la línea trazada. Tanto como sea posible, no hay que salir del Kuomintang, y hay que aferrarse hasta el último extremo a su ala izquierda". (1)

¡Imposible ser más claro!

La mayoría de los partidos comunistas de América latina se constituyeron durante la década de 1920. La calidad política de sus primeros dirigentes y la falta de interés del Komintern (2) por América latina así como su objetiva endebles durante aquella primera época, los pusieron relativamente al abrigo de las maniobras oportunistas de Stalin.

Sólo en el curso de la década de 1930 comienzan esos partidos a tener cierto peso político en sus respectivos países. Durante el "tercer período" (1928-1933), y siguiendo la línea sectaria del Komintern, organizan heroicas sublevaciones condenadas al fracaso: la revuelta de 1932 en El Salvador, los soviets de 1933 en Cuba y la insurrección militar de 1935 en Brasil (mezcla asombrosa de "estrategia moderada" del frente popular antifascista y táctica putschista del "tercer período").

Quiere decir, pues, que es sobre todo a partir de 1935 cuando la estrategia stalinista de la revolución por etapas va a florecer en América latina en toda su hermosura y su perfume turbio. Vamos a seguir el caso de dos partidos comunistas importantes y decididamente representativos; lo haremos en su triste itinerario menchevique-stalinista desde 1935 hasta la década de 1960: el PC cubano y el PC brasileño.

1) El viejo PC cubano

A partir de 1935, bajo la "esclarecida" dirección de Blas Roca (y tiempo después Aníbal Escalante), el PC cubano aplicará, con una obstinación, un empecinamiento y una persistencia dignos de mejor causa, la estrategia de la revolución por etapas y del bloque con la burguesía nacional. En un artículo del 4 de diciembre de 1936 publicado en *Bandera Roja*, órgano del PC cubano, Blas Roca apela a un discurso pronunciado por Stalin en 1925 en el que éste ponía en guardia contra la peligrosa desviación consistente en "subestimar la importancia de una alianza entre la clase obrera y la burguesía revolucionaria contra el imperialismo". Según Blas Roca, esta lección del genial padre de los pueblos era absolutamente actual para Cuba, donde "la burguesía nacional, en contradicción con el imperialismo que la sofoca, acumula energías revolucionarias que no debemos dejar perder" (3)

Durante tres años el PC cubano va a buscar en vano al burgués progresista de sus sueños. Los diferentes partidos y dirigentes burgueses de Cuba (Grau San Martín, etc.) rechazan los insistentes ofrecimientos de matrimonio frentepopulista de Blas Roca. Cercada acorralada, angustiada de miedo a quedarse solterona, y ardiendo en deseos de dar con un compañero "nacional-democrático", la dirección del PC cubano va a terminar por agarrarse del primero que llegue. Al no haber podido hallar un verdadero, auténtico y real burgués progresista (tal cual se lo ve descrito en las obras completas de Stalin), la dirección stalinista se conformará en 1938 con lo que los alemanes llamaban durante la guerra un *ersatz*, es decir un sustituto de mala calidad que reemplaza al producto

original, inhallable en el mercado. Y ese *ersatz* de burgués democrático se llamaba... ¡Fulgencio Batista!

¿Quién era en la década de 1930 Fulgencio Batista? "Batista, este traidor nacional al servicio del imperialismo [...] ha ahogado en fuego y sangre la huelga (general) de marzo, ha transformado la universidad en un cuartel, ha destruido los sindicatos obreros y hecho incendiar sus sedes [...] ha desencadenado un terror bárbaro mediante el asesinato de sus adversarios en las calles, ha puesto en la clandestinidad a todos los partidos antiimperialistas, y ahora querría aprovecharse de su victoria temporaria para liquidar por completo la revolución". Esta descripción severa, pero justa, fue formulada en un discurso pronunciado en el otoño de 1935 por... Blas Roca mismo, quien todavía en febrero de 1938 acusaba a Batista de "querer establecer un régimen fascista". Ahora bien, en *enero* de 1939 Blas Roca explicaba ante el III Congreso del PC cubano: "Proclamamos ante el pueblo la necesidad de adoptar una actitud positiva (*sic*) para con Batista y de apoyar con todas nuestras fuerzas sus acciones progresistas. Decimos sin ambages que la principal tarea del movimiento revolucionario (?) consiste, hoy por hoy, en la lucha por la unidad nacional en torno de un programa democrático" (4). Este pequeño giro de 180 grados no se efectúa sin causar cierto estropicio. Algunos militantes del partido, izquierdistas incorregibles, rechazaban tan turbio concubinato con Batista, el reaccionario pro-yanki y asesino del gran combatiente antiimperialista Antonio Guiterras. Pues bien: se los "acusó de "trotskismo" y se los expulsó del partido por "saboteadores de la unidad del pueblo" (5). Así comenzaba un fructífero período de colaboración de clases, que en febrero de 1943 debía llevar al presidente del PC cubano, don Juan Marinello, al cargo de ministro sin cartera del gobierno de Batista, promoción presentada por Blas Roca como "el mayor de los triunfos" de la historia del partido (6). Agreguemos que el PSP nunca hizo la autocrítica de su colaboración con Batista en 1939-1944, ¡colaboración que aún en 1961 era justificada por Blas Roca! (7). A la colaboración política con Batista corresponde paralelamente una colaboración "social" entre los sindicatos y la burguesía cubana: las cosas no se hacen a medias. El 28 de junio de 1944 la dirección de la CTC (Confederación de los Trabajadores Cubanos, dirigida por los cuadros del PC) proclamaba: "La revolución adoptada por la Asociación Nacional de Industriales coincide fundamentalmente con la política defendida por la CTC (...) La CTC reafirma su decisión, anunciada en su IX consejo nacional, y llama a todos los obreros y empresarios y al gobierno a continuar la cooperación que existe actualmente, para impedir interrupciones en la producción y para respetar los niveles de salarios establecidos" (8).

El idilio PC-Batista concluye en 1944 con la derrota en las elecciones del candidato de Batista, Salagrida, sostenido por el PSP (Partido Socialista Popular, nuevo nombre del PC cubano). A proposición de Blas Roca, el PSP envía en 1944 una extraordinaria carta de adiós al general Fulgencio Batista y Zaldívar: "Honorable presidente y estimado amigo", carta en la que es dable hallar estas perlas: "Desde 1940 nuestro Partido ha sido el sostén más leal y constante de vuestras medidas gubernamentales, el más enérgico promotor de vuestra plataforma inspirada por la democracia, la justicia social y la defensa de la prosperidad nacional [...] Mañana volveréis a ser ciudadano privado, como cada uno de nosotros. Estamos seguros de que ni vuestro partido político, ni las condiciones ni vuestro desvelo por el destino de nuestro país os permitirán permanecer apartado de las luchas civiles en los días turbios y decisivos que nos esperan" (9).

Ese período es evocado por Jacques Arnault, stalinista incorregible, y caracterizado con el siguiente eufemismo: "...la cooperación ciertamente benéfica (¿para quien?!), pero no suficientemente crítica para con Batista" (10).

El "burgués demócrata" Batista ha sido suplantado en el poder por el "demócrata burgués" Grau San Martín, y el PSP continúa imperturbable su política de bloque con la "burguesía progresista". En febrero de 1945 un asombroso almuerzo reúne en La Habana a la Asociación de Industriales (patronal), a miembros del gobierno y a los dirigentes de la CTC, con Lázaro Peña (del PSP) a la cabeza. Los discursos pronunciados en esa ocasión histórica fueron publicados por el PSP en un significativo folleto titulado *La colaboración entre los patronos y los obreros*. En la introducción. Blas Roca agradece a la asociación de los patronos el hecho de haber "reconocido el papel normalizador (*sic*), responsable y progresista", de la CTC, pero se queja de que otros sectores de la patronal tengan aún "un pensamiento fosilizado" y rechacen la colaboración con los sindicatos. Y para que no se lo pueda acusar de injusticia con los patronos se apresura a añadir: "También entre los trabajadores -dirigentes y dirigidos- encontramos un grupo con mentalidad fosilizada que ha hablado y oído hablar durante años y años contra la colaboración de clases y que ahora no logra comprender los cambios históricos que se llevan a cabo en el mundo, ni sabe apreciar las nuevas condiciones, y que se obstina en conservar los conceptos que ayer eran íntegramente correctos, pero que hoy no corresponden a la realidad" (11).

La colaboración de clases se anuda asimismo al nivel político: el PSP proclama, "con firmeza y decisión", su "apoyo militante a la gestión progresista y popular del presidente Grau" (12). Desgraciadamente, en 1948 comienza la guerra fría, y el ingrato presidente Grau se empuja en perseguir a los sindicatos comunistas y en reprimir el movimiento obrero, reduciendo a nada las tiernas esperanzas colaboracionistas de la dirección del PSP.

Así llegamos al segundo golpe de Estado militar de Batista, en 1952. Como tan bien lo había previsto Blas Roca ocho años antes, el general no pudo "permanecer apartado de las luchas civiles de los días turbios"... El PSP, aun cuando sin dejar de condenar el golpe por reaccionario y pro imperialista, no toma ninguna medida concreta para organizar la resistencia. Jacques Arnault, el "especialista" del PC francés para América latina, "explica" la razón de esa pasividad: "El gobierno formado por Batista ponía sumo cuidado en mantener al máximo las apariencias de legalidad. El partido comunista no se hallaba ¡legalizado! Hoy (el periódico del PSP) continuaba apareciendo" (13). El 26 de julio de 1953 Fidel Castro y sus camaradas atacan el cuartel del Moncada. Batista prohíbe el PSP, que nada había tenido que ver, el pobre. Muy por el contrario, en una "Carta a los militantes" del 30 de agosto de 1953, la Comisión Ejecutiva del PSP presentaba el asalto al Moneada como una tentativa "putschista, Aventurerita, desesperada, característica de una pequeña burguesía sin principios y comprometida con el gangsterismo" (14).

¿Qué propone el PSP como alternativa a la lucha armada preconizada por Fidel? Según Blas Roca: "El PSP, frente a todos los delirios y sueños putschistas y frente a la negatividad abstencionista, opone de una manera resuelta y consistente la lucha por elecciones generales" (15). En 1955, Blas Roca va incluso a proclamar que a fin de llegar a las elecciones, y por la "solución democrática de la crisis", el PSP "no excluye la posibilidad de algún acuerdo entre oposición y gobierno sobre los problemas políticos, pero destaca que las bases sobre las que puede hacerse el acuerdo deben ser limpias, honorables y realmente beneficiosas para la nación" (16). Un acuerdo "limpio y honorable" con Batista para organizar elecciones: tal, pues, la maravillosa estrategia "revolucionaria" que Blas Roca oponía a los "sueños y delirios" de los "putschistas aventureros" del Movimiento 26 de Julio...

Y no es todo. En agosto de 1956, mientras Fidel y el Che preparan en México el desembarco del Granma, el PSP se ocupa en un problema muy desigualmente importante: las relaciones económicas con la URSS. El gobierno soviético acaba de adquirir 620.000 toneladas de azúcar cubana a Batista. La revista PSP proclama orgullosamente: "No hay duda alguna de que estas compras de la URSS han salvado por el momento a nuestro país de una bancarrota segura". Bulganin le ha ofrecido a Batista fortalecer las relaciones comerciales, y el PSP se propone movilizar en una gran campaña a las "fuerzas democráticas, antiimperialistas y progresistas", a fin de "solicitar al gobierno que estudie seriamente el ofrecimiento de Bulganin" (17). Con el desencadenamiento de la lucha armada en diciembre de 1956, el PSP no cambia de línea. En el número de junio de 1957 de su revista, y mientras la guerrilla ruge en Sierra Maestra, el PSP sigue hablando de un eventual "arreglo sin guerra civil", de la posibilidad de un "cambio pacífico, incluyendo la situación (*sic*) del gobierno actual". La revista no hace *ninguna* mención de Fidel ni de la guerra revolucionaria en las sierras, pero en cambio publica un extenso artículo de Juan Marinello sobre "la lucha por la paz", que vuelve a destacar la capital importancia de la campaña por las relaciones comerciales con la URSS y las democracias populares y la ayuda preciosa que la Unión Soviética ha proporcionado a la economía de Cuba con la compra de azúcar (18).

Sólo en *febrero* de 1958 se decide el PSP a tomar en marcha el tren castrista, para lo cual envía a Carlos Rafael Rodríguez (el más "pro-Fidel" de sus dirigentes) a la Sierra, y les permite a otros militantes o cuadros unirse a la guerrilla, en la que, por lo demás, pelearon valientemente (uno de ellos, Armando Acosta, alcanzó incluso el grado de comandante). Hundida hasta el cuello en su estrategia reformista, legalista, "democrático-burguesa", la dirección del PSP no había comprendido hasta último momento la importancia capital del movimiento revolucionario dirigido por el Movimiento 26 de Julio. Peor: después de la victoria del 1° de enero de 1959, esa misma dirección va a esforzarse en "moderar" el ardor "izquierdista" de los dirigentes castristas. En un documento de enero de 1959 el PSP insistía, entre otras cosas, en la necesidad vital que tenía Cuba de mantener relaciones amistosas con los Estados Unidos. Todavía en agosto de 1960 el PSP se enfurecía ante la menor insinuación de que la revolución cubana atacara a la burguesía nacional o violara el derecho de propiedad privada. En un documento titulado Trotskismo: agentes del imperialismo, el PSP escribía por ese entonces: "Los provocadores trotskistas mienten cuando dicen que el pueblo cubano está expropiando los bienes de los imperialistas y de sus aliados nacionales. Eso es lo mismo que dicen todos los días la AP, la UPI y demás voceros imperialistas. Pero es falso. El gobierno revolucionario no ha expropiado compañías norteamericanas; solamente en los casos en que éstas han violado las leyes cubanas, como ha ocurrido con las compañías petroleras, se ha intervenido para mantener su producción e impedir el sabotaje económico de la revolución, la parálisis de las industrias"(19). En realidad, frente al sabotaje de la producción por la burguesía cubana que seguía el ejemplo de los trust norteamericanos el gobierno revolucionario comenzaba a intervenir también en las empresas de capital "nacional". En su informe a la VIII asamblea nacional del PSP (16-21 de agosto de 1960) Blas Roca previene contra tales tentaciones izquierdistas: en la etapa actual, "democrática y antimperialista, es necesario - dentro de los límites que es establezcan- garantizar los beneficios de las empresas privadas, su funcionamiento y su desarrollo [...]. Ha habido excesos, ha habido intervenciones abusivas que se habrían podido evitar [...]. No se debe intervenir por intervenir. La intervención debe tener un motivo serio [...]. Intervenir en una empresa o una fábrica sin que haya razón suficiente no nos ayuda, porque eso irrita y vuelve contra la revolución o contra las instituciones de la revolución a elementos que deben y pueden apoyarla, a elementos de la burguesía nacional que deben y pueden

mantenerse del lado de la revolución en esta etapa, a elementos pequeños propietarios que pueden y deben marchar con la revolución" (20). ¡Una hermosa revolución socialista está pasando ante sus narices, y estos stalinistas empedernidos todavía quieren meterla en la camisa de fuerza de la "revolución por etapas", creyendo poder mantenerla sensatamente dentro del marco de la "primera etapa"! Todo ello condimentado con las habituales calumnias ponzoñosas contra los trotskistas, quienes, por su parte, tenían el atrevimiento de "insinuar" que la revolución cubana no respetara la propiedad privada y se encaminara hacia el socialismo.

Tal es, en resumen, la poco gloriosa historia del PSP de 1936 a 1960: a remolque de la burguesía en un presunto "frente unido nacional, democrático, antimperialista, antifascista", etc., etc., prácticamente fuera de foco de la verdadera revolución democrática dirigida por Fidel y sus camaradas, e incapaz de comprender la dinámica de la revolución permanente, que la transformó en revolución socialista en 1960.

2) El PC brasileño

Después del trágico fracaso de la sublevación de 1935, el PC brasileño comienza su larga marcha hacia la derecha. En 1937, cuando durante dos años el gobierno de Vargas ha encarcelado, torturado y dado muerte a miles y miles de militantes comunistas o simplemente progresistas, el PC brasileño decide formar "bloque con la burguesía nacional" y apoyar a José Américo, el candidato gubernamental a la presidencia. Esto provoca la feroz oposición de una amplia minoría de izquierda, hegemónica en el seno del partido en Sao Paulo, minoría que quedará expulsada y que terminará por adherirse, en 1938, a la IV Internacional. He aquí la "autocrítica" de Luis Carlos Prestes a raíz de ese período, pero formulada diecisiete años después: "Cuando en 1937, frente a la evidencia de los errores izquierdistas y de las modificaciones en la situación, intentamos cambiar la orientación política del Partido, caímos en el extremo opuesto, en el oportunismo consistente en sustituir la hegemonía del proletariado por la hegemonía de la burguesía y en predicar que la burguesía brasileña era capaz de hacer su propia revolución democrática. [...] Esa falsa orientación facilitó el trabajo disgregador de elementos trotskistas" (21).

En realidad, el curso derechista y nacional-reformista consecuencia directa de la estrategia stalinista-menchevique de la revolución por etapas va a agravarse en 1945-48. En Unión nacional por la democracia y el progreso, un libro de 1945, Prestes escribía: "La única salida para la crisis económica y social que atravesamos es, sin duda, la realización progresiva y pacífica, dentro del orden y la ley, del programa de unión nacional. [...] Todos juntos, obreros y patronos progresistas, campesinos y propietarios de bienes raíces, demócratas, intelectuales y militares [...] Patronos y obreros deben resolver directamente, de una manera armoniosa, franca y leal, mediante comisiones mixtas en los locales de trabajo y por el acuerdo mutuo entre sindicatos de clase, las inevitables divergencias creadas por la vida misma. [...] Gracias a sus organizaciones sindicales la clase obrera podrá *ayudar al gobierno y los patronos* a dar con soluciones prácticas, rápidas y eficaces para los graves problemas económicos del día"(22). En otro folleto de la misma época, Prestes acusa a la "canalla trotskysta" de querer "dividir al pueblo, ponerle obstáculos al progreso de la democracia y enfrentar a los brasileños contra los brasileños"(23). Por lo demás, para impedir todo contagio "izquierdista", los estatutos del PC brasileño de 1945 contienen este asombroso artículo: "Ningún miembro del partido podrá tener relaciones personales, familiares o políticas con trotskistas".

En 1948, sin embargo, tal como en Cuba, la burguesía brasileña hará oídos sordos a las protestas de lealtad "nacional-unionista" del PC, y el partido será puesto fuera de la ley.

Comienza entonces, de 1948 a 1953, bajo la égida de la guerra fría, un nuevo período izquierdista del PC brasileño, cuya expresión más radical será el *Manifiesto de agosto* (1950), más o menos inspirado por los textos "frentistas" de Mao Tse-Tung (y no, claro está, por la práctica *real* de la revolución china). Pero cabe destacar que ese giro táctico "de izquierda" se llevaba a cabo *dentro de la vieja estrategia de la revolución por etapas y del bloque de las cuatro clases*. Según el *Manifiesto de agosto*, es necesario constituir un Frente Democrático de Liberación Nacional que reúna a "*todos demócratas y patriotas*, por encima de todas las divergencias religiosas o filosóficas, hombres y mujeres, jóvenes y viejos, obreros, campesinos, intelectuales pobres, pequeños funcionarios, *comerciantes e industriales*, soldados y marineros y oficiales de las fuerzas armadas"(24). En realidad, todas las oscilaciones, los zigzaguees, los virajes tácticos del PC brasileño de 1935 a nuestros días se efectúan dentro del marco *invariable, constante e inalterable* de la ideología stalinista de la "etapa nacional democrática". Este dogmatismo reformista al nivel de la estrategia irá a veces acompañado de errores tácticos monstruosos: en 1954, en vísperas de la caída de Vargas, el PC brasileño continúa presentando a este como el agente del imperialismo en Brasil, y procura oponerle un frente democrático... con la "verdadera" burguesía nacional. ¡Esto, en el momento mismo en que Vargas, abandonado por su propia clase, acosado por el imperialismo, amenazado por los militares e incapaz de movilizar las masas, se ve llevado al suicidio!

Inmediatamente después de la muerte de Vargas, el PC comienza (en el IV Congreso del partido, noviembre de 1954) un giro a la derecha que lo lleva ahora a sostener, de un modo más o menos incondicional, a los partidos burgueses que se dicen partidarios del viejo dirigente populista. En las elecciones de 1955, Juscelino Kubitschek, candidato del partido burgués conservador PSD, aliado del partido "laborista" PTB (fundados ambos por Getulio Vargas), será elegido con el apoyo del PC. Digno representante de la burguesía "nacional", Kubitschek abrirá de par en par las puertas de la economía brasileña a los capitales norteamericanos, que llegarán a invertirse en Brasil como nunca antes en la historia del país. Otro paso hacia el más chato oportunismo nacional-reformista se alcanzará con la *Declaración política* del PC de marzo de 1958. Según este documento, "en las actuales condiciones de nuestro país, *el desarrollo capitalista corresponde a los intereses del proletariado* y de todo el pueblo. Por consiguiente, la revolución en Brasil *no es aún socialista*, sino antiimperialista y antifeudal, nacional y democrática [...]. En estas condiciones, la contradicción entre *la nación en desarrollo* y el imperialismo norteamericano y sus agentes internos ha pasado a ser la contradicción principal de la sociedad brasileña" (25). Si se reemplaza "Brasil" por "Rusia" e "imperialismo" por "zarismo", Plejánov habría podido por cierto firmar esta frase. El documento de 1958 propone, pues, la formación de un frente nacionalista y democrático monumentalmente "amplio", que comprenda no sólo a los clientes habituales (proletariado, campesinado, pequeña burguesía y burguesía nacional), sino también a "los sectores de latifundistas que tienen contradicciones con el imperialismo norteamericano" y a "los grupos de la burguesía vinculados a los monopolios imperialistas rivales de los monopolios de los Estados Unidos". (26)...La finalidad del frente parecería ser la constitución de un gobierno nacionalista y democrático, y el principal medio para alcanzarlo sería "*la presión pacífica* de las masas populares y de todas las corrientes nacionalistas, dentro y fuera del Parlamento, para reforzar y ampliar el sector nacionalista del actual gobierno" (27). Toda amenaza de golpe de Estado reaccionario será vencida "por la resistencia de las masas populares, unidas a los sectores nacionalistas del Parlamento, de las fuerzas armadas y del gobierno". Y como en última instancia se confía en los "sectores nacionalistas de las

fuerzas armadas", la Declaración de 1958 no dice ciertamente ni jota sobre el armamento del pueblo.

Esta línea será confirmada por el V Congreso del partido, celebrado en 1960, que con su imperturbable beatitud proclama: "En las actuales condiciones de Brasil y del mundo, existe la posibilidad real de alcanzar la finalidad de la revolución antiimperialista y antifeudal por un camino pacífico" (28). Tres años y un par de meses después, el golpe de listado militar de abril de 1964, sostenido prácticamente por toda la jerarquía militar ("nacionalistas" y pro-norteamericanos, todos unidos contra el "peligro rojo") y explícitamente bendecido por las asociaciones patronales de la burguesía industrial y mercantil, daba un cruel mentís a los pobres sueños "pacifistas" y "burgués-democráticos" del PC brasileño. Desarmadas por treinta años de engaño nacional-reformista, las masas populares no pudieron resistir el golpe de Estado, que instaló en el poder a una banda monstruosa de generales asesinos y verdugos al servicio del capitalismo y de los monopolios norteamericanos. La responsabilidad principal de ese terrible fracaso incumbe al PC brasileño, hasta entonces fuerza hegemónica en el seno del movimiento obrero del Brasil, o mejor dicho incumbe al stalinismo, que había reducido toda una generación de militantes comunistas (entre los cuales había muchos combatientes tan decentes como dedicados) a la impotencia y al encenegamiento en los pantanos inmundos del oportunismo.

Esta vez era demasiado. Un número muy alto de militantes, si no la mayoría de ellos, y hasta varios dirigentes del PC Carlos Marighella, Joaquín Cámara Ferreira, Mario Alves, Apolonio de Carvalho, Jacob Gorender, etc. , iban a sacar las lecciones de los acontecimientos de 1964: abandonaron el partido y constituyeron grupos de la nueva vanguardia revolucionaria. En el viejo PC reformista no quedan más que los incondicionales del stalinismo y del brezhnevismo, con Luis Carlos Prestes a la cabeza. Y éstos, como los Borbones franceses después de 1789, no habían aprendido ni olvidado nada: continuaron repitiendo sin el menor cansancio, como tarabillas budistas, las mismas viejas fórmulas neomencheviques, como si nada hubiese pasado. En una "autocrítica" de mayo de 1965, el CC del PC brasileño denuncia como responsables del fracaso del partido a las tendencias... "sectarias e izquierdistas", que al parecer prevalecieron en su política en el curso de los años 1962-64 y que "alejaron del frente único a importantes sectores de la burguesía nacional". . . Puesto que se trata de ir un poquito más hacia la derecha, el PC intenta formar, en el curso de los años 1966-68, un "Frente Amplio" con viejos y depuestos políticos, entre ellos Carlos Lacerda, uno de los principales jefes civiles del golpe de Estado de 1964. En lugar de preparar la resistencia armada, el PC se entrega a enjuagues electorales y les hace la corte a algunos "generales patriotas", destacando en la prensa partidaria que la derrota de la dictadura provendrá más probablemente de las "contradicciones en el seno de las propias clases dominantes, inclusive los putschistas" que de una acción de las grandes masas populares (29).

Resulta difícil, imposible acaso, prever con exactitud los caminos que tomará la revolución en Brasil. Sólo un hecho puede preverse con certeza casi matemática: *la revolución no estará dirigida por el PC brasileño.*

Para terminar, dos palabras sobre la organización maoísta "ortodoxa". El Partido Comunista de Brasil (nacido en 1962 de una escisión ocurrida en el Partido Comunista brasileño) constituye la versión "izquierdista" de la estrategia staliniana. Sin dejar de criticar el "revisionismo" del PC brasileño, pro-soviético, y predicando "la guerra del pueblo", el PC de Brasil no hace en realidad otra cosa que regresar a la política de 1950-53 llevada por el Partido: contra la mala burguesía en el poder, vendida al imperialismo,

constituir un frente democrático... con la "verdadera" y buena burguesía nacional y patriótica. Los documentos del PC de Brasil insisten, de ahí, en "la unidad de los patriotas y demócratas" para llevar adelante una revolución "nacional y democrática, agraria y antimperialista". Entre las fuerzas "patriotas" se encuentra, por supuesto, la burguesía nacional brasileña, "llamada a desempeñar un papel de cierta importancia en la lucha contra el imperialismo yanqui y por la reforma agraria" y que "forma parte integrante del frente unido democrático y antiimperialista" (30). Y esto dos años después del golpe de Estado militar de 1964...

Añadamos, para ser equitativos, que el PC de Brasil se distingue del PC brasileño, pro-soviético, por lo menos en dos puntos importantes: 1) El reconocimiento de la vía armada como el único camino posible, reconocimiento que hasta ahora ha seguido siendo platónico, ya que el PC de Brasil no se ha comprometido hasta ahora, a no ser verbalmente, con la lucha armada; 2) La hegemonía del proletariado en el frente unido democrático y antimperialista, proclamada en principio, pero por desgracia poco menos que ahogada en la ideología "populista" del partido maoísta brasileño.

2

El fracaso de las revoluciones burguesas en América latina

América latina ha conocido, de 1910 a nuestros días, un gran número de revoluciones o "semirrevoluciones" de tipo burgués-democrático. Algunos de estos movimientos han producido cambios importantes y duraderos; otros han fracasado por completo, pero todos ellos tienen un elemento común: la incapacidad para resolver verdadera y radicalmente las dos tareas principales de la revolución democrática, esto es, el problema agrario (la miseria de los campesinos) y el problema nacional (la dominación imperialista).

Estos movimientos pueden clasificarse en dos categorías principales:

1) Las revoluciones "por abajo", producto de una inmensa "ola de fondo", de una sublevación de grandes masas campesinas y obreras, o sólo obreras, que mediante la violencia armada hace trizas al viejo Listado oligárquico e impone transformaciones radicales, transformaciones que habrán de ser poco a poco "roídas", "institucionalizadas", "recuperadas", o bien lisa y llanamente anuladas por el reformismo burgués. Ejemplos: la revolución mexicana y la revolución boliviana. 2) Las semirrevoluciones "por arriba": conjuntos de medidas de tipo populista, democrático o nacionalista, emprendidas "en frío" por un gobierno bonapartista que suele apoyarse (no siempre) en el movimiento obrero organizado para arrancarle concesiones al imperialismo. Generalmente, estos regímenes han sido establecidos por los militares y derrocados... por los militares. Ejemplos: Vargas y Goulart en Brasil, Perón en Argentina, Arbenz en Guatemala, Velasco Alvarado en Perú.

Evidentemente, la anterior distinción es, como toda clasificación, sumamente esquemática; encontramos diferentes combinaciones de las dos formas: la revolución "por abajo" puede repuntar "por arriba" (Cárdenas en México), y las semirrevoluciones "por arriba" pueden conocer profundas movilizaciones de masas "en la base" (Perón en Argentina).

No se trata, claro está, de hacer la historia de tales movimientos, sino de establecer, a bulto, sus grandes líneas, *el balance político y social*.

1) Las revoluciones "por abajo"

a) México

Desde su comienzo en 1910-11 la revolución mexicana había tenido un doble carácter. En la base, el gigantesco movimiento de los campesinos armados bajo la dirección de Villa y Zapata, que aplastaba a su paso a la vieja oligarquía agraria del régimen de Porfirio Díaz y realizaba ahí mismo la revolución agraria. En la cima, políticos burgueses moderados (Madero) o conservadores (Carranza) intentaban controlar e "institucionalizar" la revolución, sobre todo mediante la promulgación de la Constitución (democrática avanzada) de 1917. El asesinato de Zapata en 1919 y el de Pancho Villa (por los norteamericanos) en 1923 señalan el fin de la primera etapa y el principio de la consolidación: el gobierno reformista del general Obregón comienza a

aplicar, a partir de 1920, la reforma agraria "constitucional", y el gobierno de Plutarco Elías Calle quiebra, en 1926, el poder feudal de la Iglesia mexicana.

Un nuevo paso adelante será dado por Lázaro Cárdenas (presidente de 1934 a 1940). Cárdenas va a profundizar la reforma agraria y, apoyándose en la poderosa Central de los trabajadores mexicanos, expropiará los trusts anglo-norteamericanos del petróleo. El régimen de Cárdenas será el punto culminante alcanzado por la revolución mexicana, cuya declinación, cuyo aburguesamiento conservador y cuya degradación política se desarrollaron progresivamente desde entonces, hasta llegar a la miserable matanza de Tlateloco, en 1968, que revela a los ojos de todo el mundo el carácter reaccionario, antidemocrático y antipopular del régimen del supuesto "Partido Revolucionario Institucionalizado", horrible caricatura de democracia burguesa.

¿Cuál es en 1971 el balance de sesenta años de revolución mexicana? Sin duda, se llevó a cabo una importante reforma agraria bajo la presión de las masas campesinas sublevadas. Pero poco a poco se creó un nuevo sistema latifundista por la acumulación de tierras y la formación de corporaciones agrícolas capitalistas. En algunas regiones del norte de México (California del sur, Nayarit, Sonora), el 0,5 por ciento de los propietarios posee más del 50 por ciento de las tierras productivas. Las formas de explotación semifeudales han sido remplazadas por formas capitalistas más "modernas", pero las condiciones de vida de los trabajadores agrícolas no han cambiado mayor cosa. Hasta los pequeños propietarios y los miembros de las cooperativas (*ejidos*) son explotados por el crédito usurario y por el control del mercado por parte de las empresas capitalistas comerciales. Agreguemos a ello los altos porcentajes de la mortalidad general, de la mortalidad infantil, del analfabetismo, de la desnutrición (superiores a los de Chile y Argentina y a veces hasta los de Perú y Colombia), los bajos niveles de renta *per cápita* (inferiores a los de Chile y Argentina) y la enorme desigualdad en la distribución de la renta nacional (uno por ciento de la población recibe el 66 por ciento de la renta, y los otros 99 por ciento sólo el 34 por ciento). Es, pues, evidente que México no ha salido del subdesarrollo, al menos no más que muchos otros países latinoamericanos, y que el principal beneficiario de la "revolución institucionalizada" ha sido una nueva burguesía de ávidos aprovechadores, estrechamente asociados al aparato del Estado (31).

Es cierto que México (gracias, entre otras cosas, a las condiciones creadas por la reforma agraria) ha conocido un considerable desarrollo industrial. Pero este, obtenido en íntima asociación con el capital norteamericano, no hace más que agravar la dependencia económica de México con respecto a Estados Unidos y las deformaciones económicas que se derivan de ello. Se trata, pues, para emplear la feliz expresión de André Gunder Frank, de un "desarrollo del subdesarrollo" bajo la dominación del imperialismo: la extracción y la industria de la mayoría de los metales no ferrosos están ubicadas bajo el control de la American Smelting and Refining Co.; la Westinghouse Electric domina la fabricación de aparatos eléctricos; la General Motors y la Ford, la industria del automóvil; la Panamerican Airways, la navegación aérea; la American Tobacco, la industria del cigarrillo, etc. (32).

En conclusión, la revolución mexicana destruyó el viejo listado oligárquico de Porfirio Díaz., y lo sustituyó por un Estado moderno basado en una constitución "democrática"; introdujo, también, importantes transformaciones en las relaciones de producción tanto en la ciudad como en el campo. Pero a decir verdad no cumplió las larcas principales de una revolución democrática nacional. No liberó a las masas campesinas de la miseria y la explotación, y sobre todo no liberó a la economía mexicana de la dominación imperialista.

b) Bolivia

La revolución boliviana de 1952 tiene un carácter verdaderamente "ejemplar", a la vez por el grado de profundización que conoció en sus comienzos como por el grado de degeneración que alcanzó posteriormente.

El 9 de abril de 1952, un golpe de Estado preparado por oficiales vinculados al MNR (Movimiento Nacionalista Revolucionario, partido nacionalista burgués y pequeñoburgués de Bolivia) fue deshecho a medias por las tropas gubernamentales de la dictadura militar oligárquica. El jefe militar del levantamiento, general Seleme, abandona discretamente el campo de batalla y corre a refugiarse a la embajada de Chile. Siles Suazo el principal dirigente civil del MNR, le propone la régimen una "solución de conciliación", pero los militares en el poder exigen la rendición incondicional. En ese momento entra en escena un tercero e inesperado personaje: las masas populares de La Paz y los mineros del estaño, que transforman lo que era en una conspiración palaciega semiaborrada en una de las más impresionantes insurrecciones obreras de la historia de América latina. Durante tres días el pueblo de La Paz, y sobre todo los mineros de Milluni y Oruro, van a arrojarse, armados de fusiles tomados al enemigo y de cartuchos de dinamita (de los que se emplean en las minas), contra el ejército regular, que será finalmente aplastado, aún cuando no sin antes haber cañoneado los barrios obreros de La Paz, causando 1.500 muertos en las filas populares. El MNR llega así al poder, sostenido (¿o quizá prisionero?) por las milicias obreras, que sustituyen al disuelto ejército y exigen la nacionalización inmediata de las minas pertenecientes a los tres grandes "barones del estaño": Patino, Hoshchild y Aramayo, odiados explotadores de los obreros bolivianos. Después de muchas vacilaciones, Paz Estensoro (MNR), sometido a la presión de los mineros e incapaz de hacerles frente, proclama en octubre de 1952 la expropiación (con indemnización) de los monopolios mineros. Entretanto, en el campo los sindicatos campesinos, generalmente bajo la influencia del POR trotskista (Partido Obrero Revolucionario, sección boliviana de la IV Internacional), comienzan a expropiar por su cuenta los latifundios y a ocupar las tierras. Paz Estensoro se ve obligado a avalar y legalizar esta situación de facto mediante la ley de Reforma Agraria de agosto de 1953. Tal cual lo destaca el norteamericano R. W. Patch: "Esta ley fue impuesta por un hecho cumplido: la única solución alternativa era una desastrosa guerra civil". La ley boliviana de Reforma Agraria abolía el latifundio y decretaba la distribución de las tierras entre los campesinos (con ciertas excepciones, como las "grandes empresas ganaderas", para las cuales se admitían superficies que llegaban hasta las 50.000 hectáreas), con lo que se desembocaba en una generalización de los minifundios.

Sin embargo, en ese mismo momento comienza la declinación de la revolución boliviana. En julio de 1953, Paz Estensoro adopta medidas para restablecer el ejército profesional y vuelve a abrir el Colegio Militar. Era el primer paso dentro de una "larga marcha atrás", que iba a efectuarse con la benéfica ayuda del imperialismo norteamericano. Después de la visita de Milton Eisenhower, hermano del presidente de los Estados Unidos (verano de 1953), el gobierno de USA va a financiar generosamente al tesoro boliviano, recibiendo en cambio no menos generosas concesiones petroleras, con las que se beneficiaron la Tennessee Gas Co., la Monsanto Chemical Co., la Murphy Oil Corporation y la Union Oil and Gas of Louisiana. En 1955, Paz Estensoro suscribe el Código del Petróleo, popularmente conocido como "Código Davenport", según el nombre de su verdadero autor, un abogado de los trust petroleros norteamericanos.

Paz Estensoro es remplazado en 1956 por un nuevo presidente del MNR, Siles Suazo, quien va a desviar aún más la corriente a la derecha. Para resolver los problemas financieros del gobierno, Siles apela a un especialista norteamericano del Fondo Monetario Internacional, George Jackson Eder. Es el famoso "plan Eder" de "estabilización monetaria", que impone en Bolivia, gracias a la mediación del gobierno del MNR, la tradicional política económica del FMI: congelación de salarios, liberación del intercambio, apertura al capital foráneo, etc. Paralelamente, Siles, siempre con la ayuda "desinteresada" de USA, continúa reforzando y consolidando las fuerzas armadas regulares.

En 1960, Paz Estensoro vuelve al poder, pero esta vez con la intención bien firme de no repetir sus "pecados de juventud", de los años 1952-53: "En el curso de nuestra segunda presidencia hemos corregido las desviaciones anarco-sindicalistas que habíamos cometido en la primera bajo la presión de las circunstancias (...) La revolución boliviana se ha institucionalizado con arreglo al precedente de la revolución mexicana" (33). Las "circunstancias" que hacían presión en 1952-53 eran, por supuesto, los mineros y campesinos en armas.

Uno de los primeros acontecimientos de la segunda presidencia de Paz Estensoro fue, a principios de 1961, el ofrecimiento soviético de construir en Bolivia una refinería de estaño, acompañada de un préstamo de 150 millones de dólares. El departamento de Estado declaró oficialmente que "una fundición de estaño sería antieconómica e indeseable para Bolivia", con lo que el gobierno del Movimiento Nacionalista (?) Revolucionario (??), obediente a la Voz del Amo, rechazará la proposición de la URSS. Y después de tan vergonzosa capitulación, Paz Estensoro vegetará en el poder, despreciado por los obreros y carente de base popular, hasta su caída, muy poco gloriosa, en 1964, bajo un golpe de Estado del mismo ejército regular que el MNR había prolijamente reconstituido y mantenido desde 1953.

La primera preocupación de la junta militar de Barrientos-Ovando será el desarme de las últimas milicias obreras y la represión de los sindicatos de mineros. En mayo de 1965, la mina de Milluni, base de los revolucionarios de 1952, será bombardeada por la aviación y ocupada por el ejército después de sangrientas batallas. La represión se abate asimismo sobre las zonas mineras de Oruro, Sucre y Potosí, al igual que sobre los barrios obreros de La Paz. Se parece al escenario del 9 de abril de 1952, pero al revés... Un grupo de dirigentes sindicales, desterrados en Argentina, declaraba el 16 de junio de 1965: "En Bolivia hemos retrocedido treinta años con respecto a las conquistas obreras. Ahora estamos en peores condiciones que cuando gobernaba la Rosca (la oligarquía de los barones mineros)" (34).

En peores condiciones que treinta años atrás: tal el balance trágico de la revolución "democrático-burguesa" en Bolivia. La locomotora, detenida a mitad de camino por los cuidados del reformismo burgués, había regresado al pie de la montaña.

Para recompensar el celo de los pretorianos bolivianos, el gobierno estadounidense abrirá con amplitud aún mayor los cordones de su bolsa: durante 1966 tan sólo, el régimen militar boliviano va a recibir préstamos por 14.5 millones de dólares del BIRD; 10,9 millones de la AID y 18 millones del EMI. En cambio, ya en tren de dar, la rica mina Mathilde será cedida a la United States Steel Corporation y a la Philips Brothers, el petróleo de Santa Cruz a la Gulf Oil, amplias extensiones de tierra se concederán a la Gracc Co., etc. (35).

Así pues, en 1967, quince años después de comenzada la revolución, Bolivia se parece, en el momento en que el Che lanza la guerrilla, a cualquier otra república latinoamericana, económicamente colonizada por el imperialismo y aplastada bajo la bota de los militares, cuyos lazos más que íntimos con el Pentágono y la CIA son visibles a simple vista.

Sin embargo, no se puede hablar de restauración lisa y llana: al menos para una clase de la sociedad boliviana la revolución de 1952-53 representó ganancias irreversibles, esto es, para el campesinado. Una amplia capa de campesinos bolivianos llegó a la propiedad de la tierra y se liberó de la explotación semifeudal de los grandes terratenientes. Pero este cambio, que es importante, no ha significado en modo alguno una verdadera liberación de los campesinos de la miseria, del analfabetismo, de la desnutrición, de las enfermedades endémicas, etc. El sistema de los minifundios instaurado por la reforma agraria es económicamente retrógrado e incapaz de asegurar un verdadero auge de las fuerzas productivas en el campo. No resulta asombroso, de ahí, que el actual nivel de vida de las masas campesinas de Bolivia sea descrito por el clero de ese país como "infrahumano" comparado por el periodista francés Marcel Niedergang con el de los "más pobres campesinos de la Europa de la Edad Media". Si añadimos a ello la progresiva reconstitución de las grandes propiedades extranjeras y nacionales, así como la explotación de los pequeños campesinos por la usura, se hace evidente que el problema agrario está lejos de haber sido resuelto en Bolivia, cualesquiera que puedan ser, por lo demás, las ilusiones ideológicas creadas por la pequeña propiedad en el seno de una gran parte del campesinado (ilusiones que explican, entre otras razones, el fracaso de la guerrilla del Che).

El fracaso del reformismo militar de Torres y el triunfo de los fascistas bolivianos de Banzer & Company, sostenidos por la CIA, los gorilas brasileños y... el MNR, muestran, una vez más, la imposibilidad de una "tercera vía" nacionalista burguesa en Bolivia.

2) Las semirrevoluciones "por arriba"

a) Brasil 1930-1964

En 1930 un levantamiento militar lleva al poder al Getulio Vargas, a la cabeza de una coalición en extremo heterogénea de sectores de la oligarquía agraria (Estados del norte y el sur opuestos a los latifundistas de Sao Paulo), nuevas capas de la burguesía urbana y sectores descontentos de las clases medias (los tenientes). El régimen de Vargas, que permanecerá en el poder hasta 1945, constituye por una parte una redistribución del poder político dentro de las clases dominantes (en beneficio de la burguesía industrial en desarrollo) y por la otra una relación bonapartista con las masas populares urbanas, que se beneficiarán con ciertas leyes sociales y se verán encuadradas dentro de una estructura sindical paraestatal. La dictadura de Vargas cae en 1945 bajo un golpe de Estado militar, pero el viejo caudillo populista es elegido presidente en 1950 y retoma su tradicional política de conciliación y báscula entre la derecha y la izquierda. Por una parte firma el acuerdo militar Brasil-USA, que integra el ejército brasileño dentro del sistema militar del Pentágono, y por la otra designa ministro de Trabajo a João Goulart, quien juega la carta del "sindicalismo peronista" y de la alianza con los comunistas; ante las protestas de la derecha, destituye a Goulart, y éste se ve obligado a exiliarse en Uruguay. Este jueguito típicamente bonapartista terminará por enajenarse las simpatías tanto de los sectores burgueses más reaccionarios y pro-imperialistas (Carlos Lacerda) como del movimiento obrero organizado (el PC y los sindicatos bajo su dirección), finalmente, en agosto de 1964 abandonado por su propia clase,

intimidado por los militares a renunciar a la presidencia y sin poder ni desear recurrir al pueblo. Vargas se suicida de un balazo en el corazón.

La herencia de Vargas será recogida por su discípulo João Goulart, quien llega a la presidencia en 1961. Su política económica será en un primer momento bien "ortodoxa" y conservadora: su plan trienal fue condenado por antipopular, hasta por el PC brasileño. Pero progresivamente Goulart efectúa un giro a la izquierda, que desemboca, en marzo de 1964, en la proclamación de varias "reformas de estructuras": nacionalización de las refinerías de petróleo, expropiación de tierras a la vera de grandes carreteras, etc. La burguesía brasileña, en todas sus capas y fracciones, se espanta, no tanto por los discursos ni actos de Goulart, cuanto por lo que éste *tolera*: la agitación y la creciente movilización de los sindicatos obreros, de las uniones estudiantiles, de las ligas campesinas, de los partidos y grupos de izquierda y, más grave aún, de las asociaciones de soldados, marinos y suboficiales del ejército. En momentos en que la "subversión" amenaza con alcanzar el sanctasanctórum del Estado burgués, el aparato militar de represión la alta jerarquía del ejército, sostenida por la aplastante mayoría del personal político burgués (Serrado, Parlamento, gobernadores de Estado, partidos políticos, etc.), por la jerarquía eclesiástica y por las asociaciones patronales de la industria, el comercio y la agricultura (algunos empresarios industriales Paulo Ayres Filho, João Baptista Figueiredo, etc.- llegaron incluso a participar en la preparación del golpe), y claro está que con la bendición del imperialismo estadounidense a través de Lincoln Gordon, embajador norteamericano en Brasil, desencadena un golpe de Estado contra Goulart y toma el poder. Contra la amenaza popular, contra el movimiento obrero y campesino, la Santa Alianza de las clases explotadoras, de los industriales "modernistas" y de los latifundistas "semi-feudales", de los burgueses "nacionales" y de los monopolios imperialistas movilizó su brazo armado los militares para "restablecer el orden" e instaurar el régimen más reaccionario, el más pro-yanki, el más antipopular, el más odiado, el más represivo, el más criminal y el más infame de toda la historia de Brasil.

Moraleja de la historia: los regímenes de Vargas y Goulart no llevaron realmente a cabo una revolución democrática burguesa. *Prácticamente no tocaron la estructura agraria de Brasil*, y las medidas nacionalistas que adoptaron (Petrobrás, ley de Goulart sobre repatriación de beneficios, etc.) eran en extremo limitadas y no ponían en tela de juicio la relación de dependencia de Brasil respecto del imperialismo. Sin embargo, ni aun estas reformas por arriba fueron toleradas por la burguesía brasileña, que en tres oportunidades (1945, 1954 y 1964) abandonó a su jefe "progresista" para asociarse a los golpes de Estado militares inspirados por el imperialismo norteamericano.

b) Argentina 1943-1955

¿Cuál fue la naturaleza del régimen peronista? Un *Estado bonapartista sui-generis*, balanceándose entre el ejército y los sindicatos, la burguesía urbana y el proletariado industrial, presuntamente por encima de las clases, pero en último análisis al servicio del capitalismo, y el conjunto coronado al nivel superestructural por una "ideología populista confusa (el "justicialismo") y por un mito carismático (Perón-Evita) profundamente arraigado en las masas. Como todo régimen bonapartista, el régimen de Perón exhibía un rostro de Jano ambiguo. Para el lado de afuera, para las masas obreras, para los *descamisados* se presenta como el enemigo jurado del imperialismo anglo-norteamericano, del Jockey Club, de la Sociedad Rural y del gran capital, como un caudillo cuya única finalidad es la de "favorecer la felicidad del pueblo y la grandeza de la nación mediante la justicia social, la independencia económica y la soberanía política" (Carta Orgánica del Partido Peronista). Para el lado de adentro, para la

burguesía, explicaba en un discurso maravillosamente cínico pronunciado en la Cámara de Comercio de Buenos Aires el 25 de agosto de 1944: "Señores capitalistas, no teman a mi sindicalismo; nunca como hoy estará el capitalismo tan seguro [...]. Las masas obreras que no están organizadas son peligrosas, porque no están integradas. La experiencia moderna demuestra que las masas obreras organizadas son por cierto las que mejor se pueden dirigir y conducir (...) Se ha dicho que soy enemigo de los capitalistas, pero si ustedes observan bien no hallarán un defensor más resuelto que yo, porque yo sé que la defensa de los intereses de los hombres de negocios, de los industriales, de los comerciantes, es la defensa misma del Estado [...] Si deseo organizar estatalmente a los trabajadores es para que el Estado los dirija y les muestre el camino" (36). Este discurso, que por su deslumbrante transparencia merece figurar a la cabeza de cualquier antología sobre el bonapartismo burgués, muestra el papel que Perón entendía atribuir al movimiento obrero dentro de la compleja mecánica de su política de conciliación de clases.

Designado ministro de Trabajo en el régimen militar (más o menos pro-nazi) instituido en 1943, derrocado por los militares en 1945, repuesto en su cargo por una gigantesca movilización obrera el 17 de octubre de 1945, elegido presidente en 1946 y reelegido por una aplastante mayoría en 1952. Perón será finalmente depuesto por los militares en 1955. ¿Cuál es el balance de los diez años de régimen "justicialista" en Argentina? ¿En qué medida se ha cumplido una "revolución burguesa por arriba"?

Con respecto a los problemas agrarios, el balance es más bien magro. Es cierto que la vieja oligarquía rural de los ganaderos fue políticamente neutralizada y que una parte de sus sobreganancias se la apropió el Estado gracias al IAPI, monopolio estatal del comercio exterior (sobre todo, trigo y carne). En cambio, *Perón no tocó la estructura agraria* y dejó absolutamente intactos el monopolio de la tierra y la gran propiedad raíz.

Con respecto al imperialismo anglo-norteamericano, digamos que se llevó a efecto cierto número de nacionalizaciones (con indemnización). Las compañías inglesas de ferrocarriles fueron adquiridas (150 millones de libras esterlinas), así como los sistemas de teléfonos pertenecientes al trust norteamericano Bell (100 millones de dólares). Sin embargo, Perón no emprendió absolutamente nada en los tres sectores claves en manos de los monopolios extranjeros: el petróleo, los frigoríficos y la electricidad. Peor aún, en los últimos años de su régimen hará importantes concesiones a la Standard Oil, concediéndole una inmensa región de la Patagonia con privilegios equivalentes a la extra-territorialidad.

En 1955, ante el golpe de Estado militar apoyado por la Iglesia las clases dominantes y las capas medias. Perón preferirá ponerse a salvo antes que recurrir a los sindicatos y armar a los obreros. Fue el fin de la conciliación de clases: el movimiento obrero va a radicalizarse cada vez más, mientras que la burguesía argentina elegirá el desarrollo industrial asociado al imperialismo norteamericano.

c) Guatemala 1944-54

La semirrevolución de Guatemala se distingue de los otros movimientos del mismo género en América latina por el papel importante que desempeñaron en ella el partido comunista (Partido Guatemalteco del Trabajo: PGT) y las organizaciones de masas dirigidas por él: la Confederación General de Trabajadores de Guatemala y la Confederación Nacional Campesina. En 1944, un levantamiento popular apoyado por un ala del ejército derroca a la dictadura oligárquica militar y lleva al poder, mediante elecciones, al escritor y dirigente antimperialista (moderado) Juan José Arévalo. El

proceso revolucionario se inicia en 1951, con la elección del coronel Jacobo Arbenz, uno de los jefes de la insurrección de 1944. Apoyándose en el PGT y en los sindicatos obreros y campesinos (parcialmente asociados al aparato estatal), Arbenz va a emprender una reforma agraria que tiene desde un primer momento carácter antimperialista, porque el principal latifundista de Guatemala es la todopoderosa United Fruit Company, propietaria de enormes superficies de tierras, del 95 por ciento de la red ferroviaria, de los principales puertos del país, de la mayoría de la flota comercial, etc. Por ley del 17 de junio de 1952, el gobierno de Arbenz expropia las tierras no cultivadas de algunos latifundistas, entre ellas 83.029 hectáreas de la United Fruit (sobre un total de 188.339 que poseía). Además se les distribuye a los campesinos tierras de propiedad nacional (antigua propiedad alemana expropiada durante la segunda guerra mundial). En total, unos 110.000 campesinos recibirán títulos de propiedad.

En un artículo de marzo de 1954, la revista *Cuarta Internacional* destacaba: "Un gobierno como el de Arbenz es eminentemente transitorio, dado que representa un factor de equilibrio social inestable: o bien es derrocado por el imperialismo y los feudales burgueses idigoristas, o bien cede su lugar a un gobierno obrero-campesino [...]. Entretanto, nuestro deber es defender al gobierno de Arbenz con las armas en la mano contra todo ataque de la contrarrevolución pro-yanqui. Esto no quiere decir, naturalmente, que debemos darle el menor apoyo *político*, que debemos ocultar sus limitaciones y su carácter efímero, o que sembremos ilusiones respecto de su capacidad para dirigir la lucha antiimperialista [...]. La única garantía efectiva contra las insurrecciones reaccionarias es *la democratización del ejército y el hecho de armar al pueblo* [...] *Hay que armar a los obreros y a los trabajadores del campo, organizándolos en milicias bajo la exclusiva dirección de los sindicatos*" (37).

En cambio el PGT califica por esa misma época a toda tentativa de armar a los trabajadores de "maniobras de la reacción interna, que pretende oponer el frente obrero-campesino a las fuerzas armadas", y reafirma su confianza en los "jefes y oficiales de mentalidad progresista del ejército" (38).

Los acontecimientos no tardaron en mostrar quién tenía razón. El 18 de junio de 1954, el reaccionario coronel Castillo Armas, a la cabeza de un pequeño ejército de 1.000 mercenarios, reclutados, adiestrados y pagados por la United Fruit, con la ayuda de la CIA y la bendición de John Foster Dulles, invadió Guatemala. El ejército gubernamental resiste blandamente durante unos diez días. El PGT no toma la menor iniciativa. A los obreros, campesinos y estudiantes que pedían armas el gobierno de Arbenz les respondía que el ejército era leal y que dominaba la situación. En efecto, la dominaba demasiado bien: el jefe de estado mayor, coronel Carlos Enrique Díaz, mantiene negociaciones secretas con los invasores gracias a la mediación benevolente de John Peurifoy, embajador de los Estados Unidos. Frente a la traición de "sus" militares, Arbenz, incapaz de movilizar las masas y armar al pueblo, prefiere renunciar. El 28 de junio, la junta militar presidida por el coronel Díaz pone fuera de la ley al PGT, y pocos días después elige al coronel Castillo Armas como presidente de Guatemala. Así, con pocos gastos y gracias a la comprensión entre camaradas de armas, el orden quedó restablecido, y la United Fruit, nuevamente en posesión de sus tierras, pudo volver a sus fructíferas actividades económicas.

La moraleja de la historia de esta semirrevolución burguesa hecha abortar por los militares fue extraída por un joven médico argentino que se encontraba entonces en Guatemala: Ernesto Guevara: "¿Qué lealtad puede esperarse de los que siempre han sido instrumentos de la dominación de las clases reaccionarias y de los monopolios imperia-

listas, de una casta que sólo existe gracias a las armas que posee y que no piensa más que en mantener sus prerrogativas?" (39).

d) Perú 1968

El régimen militar peruano, cronológicamente la última de las semirrevoluciones burguesas "por arriba", es actualmente el nuevo centro de agrupamiento político de las diferentes corrientes nacional-reformistas en América latina. Hasta algunas fuerzas revolucionarias (como el gobierno cubano) han sólido dejarse arrastrar por las ilusiones difundidas por los militares populistas de Perú. La clarificación del papel y del verdadero sentido del régimen peruano exige, por consiguiente, un análisis un poco más detallado que el de las experiencias de Vargas, Perón y Arbenz, cuyo fracaso ya pertenece a la historia de América latina.

Grosso modo se podría definir el régimen peruano como un *bonapartismo populista-militar*. Marx definía el bonapartismo como un régimen en el que el ejército —en apariencia "por encima de las clases"- gobierna mediante la eliminación del personal político tradicional de la burguesía y sus instituciones (parlamento, partidos, etc.) de la escena política; un poder con un alto grado de autonomía con respecto a las clases dominantes, pero que actúa, en último análisis, al servicio de los intereses fundamentales de la burguesía; un poder, en fin, que procura, con medidas reformistas y demagógicas, hallar cierta base popular (generalmente campesina o pequeño burguesa). Todas estas características pueden encontrarse en la junta peruana, cuya política bonapartista presenta los siguientes rasgos:

- a) cumplimiento de reformas burguesas progresistas, sobre todo en el campo, por arriba, de forma burocrática y autoritaria, dentro del "orden";
- b) demagogia populista, reformista y nacionalista, acompañada de represión de todo movimiento popular autónomo, no gubernamental;
- c) desarrollo real del capitalismo de Estado y de la industrialización en general, bajo control del Estado;
- d) mejoramiento de la situación relativa de la burguesía local, sin poner en tela de juicio su relación de dependencia respecto del capital imperialista;
- e) reforma agraria tendiente a eliminar la oligarquía rural en sus sectores decadentes y a forzar a los sectores modernos a convertirse en burguesía industrial.

Se podría, pues, sacar la conclusión, como hace el sociólogo peruano Julio Coller, de que los dos ejes del populismo militar en Perú son: 1) la modernización del sistema capitalista, y 2) la neutralización de la movilización popular.

Desde el punto de vista político, el régimen militar ha significado por una parte la eliminación de la vieja oligarquía rural del bloque detentador del poder, y la instauración, como fracción hegemónica, de la burguesía industrial y financiera, y por otra parte, ya en la escena política, es la eliminación del viejo personal político burgués, la marginación de los viejos partidos reformistas (APRA, Acción Popular, etc.) y el auge del ejército como categoría *detentadora* del aparato estatal.

Como todo régimen bonapartista, el gobierno militar peruano sirve, en último análisis, a la burguesía y disfruta, por tanto, del sostén de la Sociedad Nacional de la Industria. La

burguesía industrial y financiera no se opone en modo alguno a las reformas emprendidas por los militares. En un documento del 3 de agosto de 1969, la Sociedad Nacional de la Industria del Perú declaraba: "Las reformas necesarias constituyen el marco propicio para el refuerzo de la empresa privada, que tornará más fecundos su desarrollo y su capacidad creadora".

Orígenes de la junta militar. Los militares que se hallan actualmente en el poder en Perú pertenecen a una generación que se formó en el Centro de Altos Estudios Militares, fundado en 1958, y en el que enseñaban no sólo militares, sino también economistas burgueses "desarrollistas" del tipo de la CEPAL. La ideología que se formó en esa escuela es una combinación *sui generis* de las preocupaciones típicas de los militares (la "seguridad nacional", el peligro comunista, etc.) con las de los economistas reformistas: el desarrollo económico es la mejor garantía contra la subversión. Es el tema desarrollado en una serie de artículos de la *Revista Militar del Perú* en la década del 60, artículos cuyo contenido fue resumido del siguiente modo por un sociólogo norteamericano: "La nueva ideología militar propone el mejoramiento de las condiciones sociales y económicas a fin de que las quejas que pudieran servir de base a los grupos revolucionarios para obtener apoyo sean eliminadas" (40).

En 1962 estos militares llegan por primera vez al poder. La razón inmediata del golpe de Estado es la de impedir que el presidente electo, Raúl Haya de la Torre, asuma el poder. Pese al hecho de que Haya de la Torre y su partido, el APRA, eran de mucho tiempo atrás "moderados" y "respetables" desde el punto de vista del imperialismo y la oligarquía, los militares, por su parte, no le perdonaban al APRA el haber organizado en su época "roja", esto es, en 1932, una sublevación de campesinos y soldados contra el ejército. Ocurrida en la ciudad de Trujillo, la sublevación causó algunas muertes entre los oficiales superiores, lo cual arrastró sangrientas represalias del ejército: seis mil rehenes fueron ejecutados con ametralladora después de haberles hecho cavar sus propias tumbas. Desde entonces hay una deuda de sangre y un odio implacable entre el ejército y el APRA, deuda que fue una de las causas del golpe de Estado militar de 1962.

El primer régimen militar, de 1962 a 1963, se distingue por la feroz represión del movimiento campesino de la región de Cuzco dirigido por Hugo Blanco. Millares de campesinos son detenidos, y sus sindicatos son destruidos y puestos fuera de la ley. Una vez despejado el terreno, los militares organizan elecciones, que dan la victoria a su protegido, el arquitecto reformista Balaúnde Terry, perteneciente al partido Acción Popular, "social-cristiano".

Apenas dos años después reaparece el "fantasma rojo", y el ejército entra de nuevo en acción: las guerrillas del MIR (Movimiento de Izquierda Revolucionaria, dirigido por de la Puente, Lobatón y Gadea) y del ELN (Ejército de Liberación Nacional, dirigido por Héctor Béjar) surgen en varios sitios: valle de la Convención, Junín, etc. El presidente cristiano-reformista titubea en emprender la represión. El estado mayor del ejército le presenta un ultimátum en el que se exige la suspensión de las garantías constitucionales y la entrega de plenos poderes al ejército para efectuar la represión. El presidente cede, y las "fuerzas especiales" antiguerrilleras del ejército, provistas de cuadros por "consejeros" de los Estados Unidos, logran, después de algunos meses de lucha y después, asimismo, de haber bombardeado con napalm las aldeas campesinas, aislar y finalmente dar muerte a los guerrilleros. ¿Qué generales comandaron esa operación de *counter-insurgency*? He aquí lo que declara el general Montagne, primer ministro del actual (41) gobierno militar: "No hay que olvidar que el general Velasco en persona, juntamente con el general Maldonado, ministro de gobierno, se halla en el origen de la

liquidación de las guerrillas en nuestra patria" (42). Y añadamos que el general Velasco Alvarado era el representante peruano ante la junta interamericana de defensa (organismo que coordina los ejércitos latinoamericanos con el Pentágono).

La experiencia de los sindicatos campesinos de 1962 y la de las guerrillas de 1965 (que en cierta medida habían logrado implantarse en el campesinado) fortalecieron entre los militares las conclusiones que éstos habían sacado de sus estudios en el Centro de Altos Estudios Militares: la "seguridad nacional" exige algunas reformas si se les quiere mover el piso a los revolucionarios; únicamente el desarrollo puede salvar a Perú de la "subversión". Asistimos así, entre ellos, a una especie de fusión ideológica entre la problemática económico-social del "desarrollismo" y la problemática político-militar de la *counter-insurgency*. La quiebra y la impotencia del endeble reformismo civil de Belaúnde Terry y por fin el escándalo de los acuerdos petroleros con la IPC los convencieron de la necesidad de asumir directamente los cargos del poder.

Los militares y el imperialismo. Desde el punto de vista económico, Perú es prácticamente una semicolonias de Estados Unidos. Toda la producción minera esencial del país, la más importante red de ferrocarriles, las mayores industrias urbanas, las principales empresas de la pesca y de producción de harina de pescado, el sistema financiero, el comercio de exportación de los productos agrícolas, las industrias de montaje de vehículos, los servicios públicos más importantes, como la energía eléctrica y las telecomunicaciones: todos están bajo el control directo o indirecto de monopolios internacionales, sobre todo norteamericanos. Y con relación a este cuadro de dependencia económica casi total respecto de la metrópoli imperialista hay que medir las tristes medidas "nacionalistas" adoptadas por Velasco Alvarado.

La más importante y sensacional de ellas ha sido la expropiación de las instalaciones petroleras de la IPC (International Petroleum Company). Alvarado ha insistido sin descanso en el hecho de que se trataba de un caso excepcional. Efectivamente, al revés de las demás compañías, que pagan *royalties* al Estado peruano por sus concesiones petroleras (la propiedad del petróleo pertenece, por ley, al Estado), la IPC pretendía poseer en cabal propiedad los pozos de Brea y Pariñas y se negaba a pagarle derechos al Estado. La "nacionalización" de esos pozos fue llevada a cabo, no por Velasco, sino por el gobierno de Belaúnde Terry, y ello dentro del marco de un acuerdo escandaloso: la IPC "cedía" los pozos al Estado en cambio de la abolición de su deuda (centenares de millones de dólares en carácter de derechos e impuestos que se había negado a pagar). Además, seguía siendo propietaria de la refinería de Talara, y, según una cláusula secreta del acuerdo, el petróleo continuaría siendo refinado y vendido por la IPC... Contra este acuerdo, convertido en verdadero escándalo público, se levantó el ejército, y en octubre de 1968 expropió la refinería de Talara.

Hay, pues, que reducir el asunto a sus justas proporciones: expropiación de la refinería de una compañía petrolera que se hallaba en conflicto con el Estado peruano y que se negaba a pagar sus deudas. Al mismo tiempo que se efectuaba esta expropiación, el gobierno *firmaba acuerdos con otras tres compañías*: Texaco, Belco Petroleum (la Belco produce actualmente el 39 por ciento del petróleo peruano) y Gulf Oil. Parece, por otra parte, que la propia IPC ha sido secretamente indemnizada en unos diecisiete millones de dólares. De todos modos, el general Alvarado insistió repetidas veces, en su mensaje sobre la expropiación de Talara, en el carácter excepcional de la medida: "Somos un pueblo generoso que siempre ha dado y continuará dando las garantías de la ley a los inversores extranjeros que hayan venido, que vengan o que vendrán a vivir y trabajar honradamente en nuestra tierra. El caso de la IPC es el caso de una compañía que ha violado nuestras leyes y que trata de malquistar a dos gobiernos amigos [...] Su

caso es único, es singular. Por consiguiente, el gobierno revolucionario proclama ante el mundo que ninguna otra compañía extranjera tiene razones para tener la menor preocupación" (43).

Dentro del marco de la ley de Reforma Agraria, algunas compañías norteamericanas han sido expropiadas (como la Grace Co.). Pero parece que el gobierno militar ha tenido sumo cuidado en exceptuar, en la medida de lo posible, a las empresas agrícolas norteamericanas. Según un periodista que ahora apoya al régimen militar (Ismael Frías), "con respecto a consideraciones de táctica internacional, la nueva ley ha respetado por el momento ciertas plantaciones industriales pertenecientes a los norteamericanos" (44). Y por otra parte el sistema de indemnización previsto por la ley de Reforma Agraria favorece sobremanera a las empresas modernas capaces de movilizar un capital líquido, categoría a la que pertenecen, evidentemente, las compañías norteamericanas.

Falta, pues, en punto a medidas "nacionalistas", la expulsión de la misión militar estadounidense —que no ha impedido que decenas de oficiales peruanos continúen adiestrándose en USA y Panamá y sobre todo la proclamación de las "200 millas" como límite de las aguas territoriales, lo que ha provocado conflictos con los barcos de pesca californianos, acostumbrados como estaban a pescar lo que quisieran en aguas peruanas. A este respecto conviene destacar dos hechos significativos: 1) los regímenes militares de Brasil y Argentina, que no son en modo alguno sospechosos de veleidades antiimperialistas, también han fijado el límite de sus aguas territoriales en 200 millas; 2) la industria de la pesca peruana es extranjera en más o menos el 40 por ciento, sobre todo norteamericana. El conflicto de las 200 millas es, pues, en gran medida, un conflicto entre las compañías de pesca norteamericanas con base en Perú y sus competidoras de California.

Frente a tales medidas "nacionalistas", débiles y ambiguas, el régimen militar ha hecho enormes concesiones sobre la principal riqueza de Perú: el cobre. Un acuerdo suscrito con la Southern Perú Copper concede a este monopolio norteamericano la explotación de los yacimientos de Cuajone, que se cuentan entre los más ricos del mundo. Este acuerdo fue el resultado de una lucha interna de la junta, que terminó con la victoria del ala más pro-imperialista, dirigida por el ministro de Finanzas, general Francisco Morales Bermúdez. Analizando el acontecimiento, el periodista norteamericano James Petras escribe en *Monthly Review* (febrero de 1970): "El nuevo acuerdo [con la Southern Perú Copper] es el signo de un definitivo acercamiento al gobierno norteamericano y marca el fin de la fase nacionalista de la Junta [...] El acercamiento político a USA y la firma del acuerdo sobre el cobre proporcionan la garantía para el resto de la comunidad internacional inversora de que el Perú es, pese a todo, seguro para la explotación capitalista [...] La junta militar ha escogido claramente la vía del desarrollo mediante la subordinación a la inversión extranjera". Agreguemos que sería completamente falso creer que esta concesión "hace juego" con la expropiación de la refinería de la IPC: no hay proporción alguna entre ambas, pues el petróleo representa, dentro de las exportaciones peruanas, 10,9 millones de dólares, y el cobre 234 millones. La relación entre estas dos cifras ilustra a maravilla el peso respectivo del "nacionalismo" y el del "cesionismo" del gobierno de Velasco Alvarado.

Por otra parte, y sin dejar de multiplicar las pomposas declamaciones sobre "los destinos superiores de la patria", "la dignidad nacional", "la soberanía y la independencia de Perú", etc., los militares en el poder insisten en todas sus declaraciones en su "buena voluntad" para con el capital extranjero y en el interés que éste tiene en invertir en Perú. Por ejemplo, en un discurso pronunciado el 28 de julio de 1969, Velasco Alvarado destacaba: "El desarrollo de América latina necesita del capital extranjero. Pero este

capital no viene aquí por razones filantrópicas. Viene por interés. Se trata, pues, de un interés mutuo, que debe normalizarse de manera clara y justa en beneficio de ambas partes. El capital extranjero debe actuar, por tanto, dentro del marco legal de nuestros países, bajo reglas que garanticen la justa participación de nuestros países en la riqueza que éstos y sus hombres producen". En el fondo, lo que Alvarado pide es una más "justa participación" de la burguesía peruana en la riqueza "que nuestros hombres producen", es decir, una mejor distribución de la plusvalía entre el imperialismo y sus socios locales, dentro del marco de la dependencia económica tradicional de Perú. No se trata en modo alguno de volver a cuestionar el principio de la explotación imperialista, como lo proclama Velasco Alvarado el 20 de marzo de 1970: "En las nuevas condiciones creadas por el cambio revolucionario, los inversores y los hombres de negocios modernos tienen todas las garantías y todos los alicientes a que legítimamente pueden aspirar. Y un gran número de hombres de negocios, a los que el gobierno apoya y estimula, así lo comprenden".

¿Cuál fue la reacción del imperialismo con respecto a las medidas falsamente antiimperialistas de la junta peruana? Fue, en realidad, una reacción extremadamente moderada. No hay ninguna sanción económica, y la célebre "enmienda Hickenlooper" (sanciones contra gobiernos que expropian empresas norteamericanas sin indemnizarlas) no ha sido aplicada. Dos meses después de la expropiación de la IPC, el gobierno militar peruano envía a Estados Unidos al señor Fernando Berckmeyer, conocido representante de los sectores industriales más pro-imperialistas, para que obtenga créditos del Fondo Monetario Internacional. Este se los concedió. En agosto de 1969 el banco interamericano proporciona al gobierno peruano un préstamo de 80 millones de dólares. La Reforma Agraria merece las loas de Washington, por hallarse completamente dentro de la línea de la Alianza para el Progreso. Rockefeller escribía a su vez en su informe al presidente Nixon: "Un nuevo tipo de hombre militar está entrando en escena y pasa a ser con frecuencia una forma mayor para transformaciones sociales constructivas en las repúblicas americanas. Motivados por una creciente impaciencia respecto de la corrupción, de la ineficacia y del estancamiento político, los nuevos militares están preparados para adaptar su tradición autoritaria a los fines del progreso económico y social". Según *Newsweek* (5-1-1970), estas palabras se refieren precisamente a los regímenes militares populistas como el peruano. Charles Meyer, subsecretario de Estado para los asuntos interamericanos, declaraba por último el 13 de enero de 1970: "Los nuevos gobiernos militares de América latina están compuestos por oficiales patriotas y nacionalistas convencidos de que pueden promover el progreso de sus países, y no hay en ello ningún mal". Es verdad que ha habido cierta tensión entre Estados Unidos y el régimen de Velasco Alvarado a raíz de la IPC y de las 200 millas, pero con posterioridad al acuerdo de Cuajone ha vuelto el buen viejo tiempo. Marcel Niedergang relata la "grandísima satisfacción" de los medios de negocios norteamericanos de Lima a raíz del acuerdo: "Ahora esperamos nos ha dicho el director de uno de los principales grupos norteamericanos en Lima— que Cuajone acelere el ritmo de las inversiones extranjeras en la industria. Hacía un año que era el marasmo. Ahora todo va a cambiar. Las inversiones indirectas deberían alcanzar dentro de poco la suma de mil millones de dólares". (45)

¿Cómo explicar esta moderación de parte de Nixon, quien no pasa por ser especialmente tierno cuando se trata de defender los intereses vitales del imperialismo yanqui? Parécenos que hay que tomar en consideración varios factores

- 1) El miedo de repetir el error cometido en Cuba al estimular con represalias una dinámica antiimperialista, dinámica que en el caso de Perú terminaría por desbordar por la izquierda al gobierno militar.
- 2) El carácter sólidamente anticomunista de la junta y el hecho, de que el poder permanezca en las manos del ejército y de que todo movimiento popular "peligroso" es reprimido.
- 3) El carácter de las medidas adoptadas por el régimen militar, que no afectan al grueso de las inversiones norteamericanas en Perú ni ponen en tela de juicio el principio sacrosanto de la inversión yanqui; medidas, pues, que no cuestionan para nada el sistema de dominación imperialista.
- 4) El interés que demuestran los sectores más modernistas y "desarrollistas" del imperialismo por la "experiencia peruana". "En sus relaciones con los Estados Unidos la junta intenta asimismo apoyarse en los grupos norteamericanos que tienen interés en reinvertir aquí mismo en negocios rentables muy diversificados y, llegado el caso, en forma de participación en empresas nacionales (corporaciones multinacionales) contra los grupos más antiguos, que continúan explotando una mina o un producto y que son tan visibles como la nariz en medio de la cara. No es imposible que el régimen peruano esté precisamente promoviendo Tas reformas indispensables para que este tipo de inversiones, que suponen un mercado interior más elástico, se hagan rentables" (46). Esta hipótesis ha sido igualmente adoptada por Georges Fournial, especialista del PC francés para los problemas de América latina, quien ha sostenido en una mesa redonda efectuada en la Ciudad Universitaria de París que el régimen peruano goza del sostén de los "sectores no belicistas" del imperialismo. Murphy, directivo de la CERRO de Pasco Copper Corporation, defiende esta causa el 12 de setiembre de 1970 en *Business Week*: "Tenemos que encontrar una nueva política económica en los países donde la hostilidad se vuelve grande para con las formas tradicionales de inversiones extranjeras. Debemos deslindar un terreno común que les permita a los capitales llegar sin dejar de acordar un derecho de control a nuestros huéspedes".

La reforma agraria. Si el "antiimperialismo" de la junta peruana es, en gran medida, una maniobra demagógica, es decir, si es, en último análisis, ficticio, en cambio su reformismo agrario es bien real. Los diferentes grupos marxistas peruanos están en general de acuerdo en calificar la reforma agraria del gobierno militar como una reforma capitalista avanzada. Es avanzada porque establece límites severos a la propiedad rural (máximo de .200 hectáreas irrigadas sobre la costa, y de 165 en la sierra) y porque evalúa la indemnización sobre la base de las declaraciones de impuesto sobre la propiedad rural. Es burguesa porque está basada en el principio de la indemnización de los latifundistas y del pago de la tierra por los campesinos, y sobre todo por el contexto político-social en el que se inserta: realizada dentro del marco del Estado burgués, con la finalidad de reforzar y desarrollar el capitalismo industrial.

¿Cuales son los efectos económicos de la reforma agraria? Los considerandos de la ley proclaman que "la reforma agraria debe contribuir decisivamente a la formación de un vasto mercado y suministrar el capital necesario para una rápida industrialización del país". El primer aspecto (ampliación del mercado interno) es conocido y común a todos los proyectos de reforma agraria; el segundo (capitales para la industria) es relativamente nuevo. ¿De qué se trata? Según el artículo 1810 de la ley, los bonos de la deuda agraria, en principio pagaderos entre veinte y treinta años con un interés del 4 al 6 por ciento —bonos que deben indemnizar las tierras expropiadas por la reforma agraria-, pueden aceptarse al 100 por ciento de su valor por el banco estatal cuando

sirven para financiar hasta el 50 por ciento del valor de una empresa industrial, a la que el propietario de los bonos aporta en capital el otro 50 por ciento del valor. En otros términos, los grandes monopolios agrícolas o agroindustriales, capaces de movilizar grandes sumas de capital, podrán ser' inmediata y totalmente indemnizados por el Estado, con la condición de que inviertan masivamente en la industria. No obstante, la oligarquía rural decadente y en declinación estará obligada a contentarse con bonos de la deuda agraria. He aquí el comentario completamente pertinente de Niedergang a este respecto: "El objetivo implícito de la reforma, que consiste en transferir una parte del capital de la oligarquía terrateniente a la industrialización del país, ordena asimismo a los dirigentes no forzar nada ni quebrantar la producción. Ahí mismo se descubre que esta preocupación es respetada y que algunos grandes propietarios peruanos o extranjeros no han acogido la reforma con excesiva consternación. Hasta parece evidente que las mayores empresas tienen las mayores posibilidades -debido al juego de los créditos, de la indemnización y de los préstamos de reconvertir sus beneficios en las empresas industriales" (47).

Por otra parte, ¿cuál es la finalidad política de la reforma agraria y del "desarrollismo" de la junta? A raíz de una reciente visita a Argentina, el general Montagne, primer ministro del gobierno peruano, explicó a sus colegas los generales argentinos que la reforma agraria era en Perú un bastión contra el comunismo. Los militares peruanos no hacen más que aplicar la lección que aprendieron en el Centro de Altos Estudios Militares y en su praxis contrarrevolucionaria de 1962 a 1965: las reformas y el desarrollo son la mejor garantía de la "seguridad nacional" contra el peligro de la subversión. Es el *leitmotiv* de varios discursos del ministro de Relaciones Exteriores de la junta, general Mercado Jarrín, autor, por lo demás, de un ensayo que lleva el título extremadamente sugestivo de *La política y la estrategia en la guerra contrasubversiva en América latina*. Pide además Mercado Jarrín para esa tarea la ayuda económica del imperialismo norteamericano, explicando qué se trata, en último análisis, de la seguridad del sistema imperialista mismo: "Si no se cierra la brecha profunda que separa siempre más a la América latina del mundo industrializado, la seguridad y la estabilidad propias de los sistemas reinantes en este mundo no podrán ser ya garantizadas indefinidamente, porque el desarrollo y la seguridad están estrechamente vinculados en el universo interdependiente de la época actual" (48). Y: "Los Estados industrializados deben aceptar el hecho de que hoy por hoy la miseria es, no importa en qué rincón del mundo, una amenaza para su modo de vida, y que por consiguiente sus responsabilidades económicas y sociales no pueden limitarse a las fronteras nacionales" (49).

Sin dejar de reconocer el carácter relativamente avanzado de la reforma agraria peruana, no hay que olvidar algunas limitaciones de la ley y sobre todo de su aplicación:

- 1) La ley admite "excepciones" para ciertas empresas agrícolas modernas. Por ejemplo, según el artículo 29°, haciendas ganaderas pueden alcanzar hasta seis mil hectáreas de pasturas si llenan ciertas condiciones: rotación racional de las pasturas, salarios superiores en un 10 por ciento al mínimo, etc.
- 2) No se ve dónde encontrará el gobierno los fondos para indemnizar a los propietarios, proporcionar créditos a los pequeños campesinos y a las cooperativas, etc. A menos que los Estados Unidos escuchen las sugerencias del general Mercado Jarrín y financien la reforma agraria.
- 3) La reforma ha sido aplicada con mayor intensidad en las plantaciones de caña de azúcar, que son un sector más bien decadente y en las que se encuentra un alto número

de empresas en quiebra. Para éstas, la reforma equivale a una socialización de las pérdidas. Niedergang transcribe las siguientes palabras de nuevo administrador de Cayalti, una enorme plantación azucarera expropiada: "Cayalti tiene pesadas deudas [...]. Habría que reducir el personal, hacer una selección, eliminar el personal improductivo, es decir, comenzar por medidas impopulares y duras". Y al final de su artículo sobre Cayalti agrega Niedergang: "La reforma, por espectacular que sea en las plantaciones de caña de azúcar, ha exceptuado, por lo menos hasta ahora, a los 'algodoneros', otro sector oligárquico del litoral norte, y progresa con discreta lentitud en la sierra" (50).

La "neutralización" del movimiento popular es el otro rostro de la política de modernización capitalista de la junta. Varios movimientos de campesinos, obreros y estudiantes han sido brutalmente reprimidos por el poder.

En conclusión, la semirrevolución de los militares peruanos, sin dejar de ser en algunos aspectos más radical que la de los regímenes bonapartistas de Brasil, Argentina y Guatemala, ha conservado un carácter profundamente autoritario y jerárquico y no ha permitido (al igual que los movimientos de Perón, Arbenz y Goulart) una verdadera movilización de las masas. Por la realización extensiva de la reforma agraria, se parece más bien a la experiencia mexicana o boliviana, menos, por supuesto, el movimiento revolucionario campesino.

3) Conclusiones

Si durante algunos períodos el Estado bonapartista puede adquirir un alto grado de autonomía con respecto a la burguesía y buscar un apoyo en las masas populares para oponerse al imperialismo y la oligarquía (Lázaro Cárdenas, Arbenz, Perón, etc. Cf. los análisis de Trotsky sobre el México de 1938), no por ello deja de tratarse en todos los casos de un fenómeno transitorio, destinado a ser, a corto o mediano plazo, derrocado (Guatemala 1954, Argentina 1955, Brasil 1964) por las bandas armadas del Capital, o "recuperado" por el sistema (México después de 1940).

En su conjunto, la historia de las revoluciones o semirrevoluciones burguesas en América latina es la de la incapacidad orgánica de la burguesía latinoamericana para llevar a cabo las tareas tradicionales de la revolución democrática de una manera duradera, radical y definitiva.

3

Teoría y práctica de la revolución permanente en América latina

1) Los principios

Esbozada por Marx en algunos escritos, sobre todo en la *Circular de marzo de 1950 de la Liga de los Comunistas*, la teoría de la revolución permanente fue desarrollada por Trotsky a partir de 1905, antes que nada en su folleto *Balance y perspectivas* (1906), cuyas tesis centrales son:

1) Por la fuerza del desarrollo desigual y combinado, la Rusia zarista poseía, sin dejar de ser un país atrasado y semifeudal, fábricas modernas con dimensiones y un grado de concentración equivalentes a los de los más adelantados países capitalistas. Como es industria rusa era en gran parte de capital extranjero, el peso social y político del proletariado ruso, concentrado y organizado en las grandes ciudades, era superior al de la débil burguesía liberal rusa, aplastada por la preponderancia económica del Estado absolutista, por una parte (despotismo asiático), y el imperialismo, por la otra.

2) En 1789 la burguesía democrática francesa dirigió la lucha contra el absolutismo feudal, arrastrando tras de sí a la masa de los descamisados, informe e incoherente. En 1848, en Alemania, la burguesía tuvo miedo de una sublevación popular; fue menos confiada y se sintió menos segura de su homóloga francesa. La revolución se hundió porque ninguna clase se hallaba en condiciones de dirigirla. La burguesía *ya no era* lo bastante revolucionaria, y el proletariado *todavía no era* lo bastante fuerte ni estaba suficientemente organizado para ponerse al frente del movimiento. En la revolución rusa de 1905 la rueda había dado una vuelta completa. La burguesía era a la vez demasiado débil y temerosa ante el proletariado para luchar con decisión contra el zarismo. En cambio el proletariado ruso, mucho más poderoso que el proletariado alemán de 1848, había asimilado las últimas enseñanzas del socialismo europeo y aparecía como la vanguardia electiva de la revolución contra el absolutismo.

3) Por consiguiente, la próxima revolución rusa desembocaría en la toma del poder por el proletariado, sostenido por el campesinado. Contra los mencheviques, que explicaban que la atrasada Rusia no había madurado para una revolución proletaria, Trotsky respondía: "En un país económicamente atrasado, el proletariado puede tomar el poder con mayor rapidez que en los países adelantados [...]. Imaginar que la dictadura del proletariado depende automáticamente del desarrollo técnico y de los recursos de un país es un prejuicio del materialismo economicista simplificado hasta lo absurdo. Este punto de vista no tiene nada en común con el marxismo" (51).

4) Una vez en el poder, el proletariado, apoyado por el campesinado, no podrá acantonarse dentro de marco de la revolución democrático-burguesa: por una parte, porque la dominación política del proletariado es incompatible con su esclavitud económica; por la otra, porque la realización de las tareas democráticas se encadena necesariamente con la realización de las tareas socialistas. El proletariado abolirá, por tanto, el régimen feudal, y además estará obligado a atacar los fundamentos mismos del capitalismo, con lo que tomará, así, medidas de carácter socialista.

La revolución permanente es el transcurso de la revolución democrática en revolución socialista.

Lo esencial de estas tesis fue retomado por Lenin en abril de 1917 y constituyó la trama misma de la estrategia bolchevique en la Revolución de octubre.

En 1929 Trotsky escribía su folleto titulado *La revolución permanente*, que, a partir del balance de la revolución rusa de 1917 y del fracaso de la revolución china de 1927, formulaba una crítica de la teoría stalinista de la revolución por etapas y esbozaba los principios generales de la revolución permanente para todos los países coloniales y semicoloniales:

1) Una lucha de liberación democrático-nacional, dirigida por la burguesía, no producirá más que resultados muy parciales, que no corresponden a los intereses fundamentales de las masas trabajadoras y que rápidamente desembocan en la represión contra los obreros y los campesinos (como en China en 1927). Bajo la presión de las masas, la burguesía nacional puede dar algunos pasos "a la izquierda" pero sólo para reprimir en seguida al pueblo con mayor saña.

2) El proletariado aliado al campesinado deberá hacer trizas la dominación de los feudales y de los imperialistas. Tanto el problema agrario como el problema nacional asignan al campesinado, que constituye la enorme mayoría de la población de los países atrasados, un papel primordial y el campesinado, las tareas de la revolución democrática no pueden resolverse. Pero la alianza de estas dos clases no se realizará al margen de una lucha implacable contra la influencia de la burguesía liberal nacional.

Sin embargo, sea cual fuere su importancia revolucionaria (y es enorme), el campesinado no puede desempeñar un papel independiente y menos aún un papel dirigente. El campesino sigue, o al obrero, o al burgués.

3) En las condiciones de la era imperialista, la verdadera solución de las tareas democráticas y de liberación nacional en los países con desarrollo burgués retrasado, y de modo especial para los países coloniales y semicoloniales, sólo puede efectuarse gracias a una *dicta-dura del proletariado sostenida por las masas campesinas*.

4) La dictadura del proletariado que ha tomado el poder como forma dirigente de la revolución democrática se ve inevitable y rápidamente ante tareas que habrán de forzarla a realizar profundas incursiones en el derecho de propiedad burgués. La revolución democrática se transforma directamente, en el curso de su desarrollo, en revolución socialista y se convierte, así, en *revolución permanente*. No hay, por tanto, valor ninguno en la distinción tan pedante como congelada que han establecido los stalinistas entre países "maduros" y países "no maduros" para la revolución socialista. Y por lo demás la revolución, haya tenido comienzo en uno o en varios países, sólo podrá ser completada en escala universal.

2) Los antecedentes latinoamericanos

La Internacional Comunista había formulado con toda claridad en la época de Lenin una estrategia de revolución permanente para América latina. Un documento redactado por el Comité Ejecutivo de la IC (del que Lenin formaba parte) en setiembre de 1920 y titulado *La revolución americana* analiza en los siguientes términos la revolución mexicana, "ejemplo típico y trágico" para las masas latinoamericanas: "Los campesinos sojuzgados se sublevan y hacen una revolución. El fruto de su victoria les es robado por

explotadores capitalistas, aventureros políticos y aspaenteros 'socialistas'...". Y ésta es la conclusión que extraía el Komintern leninista: "Los campesinos oprimidos y traicionados deben ser despertados para la acción y la organización revolucionarias. Se les debe inculcar la verdad de que no pueden liberarse por sí solos, en su condición de campesinos, y *que deben unirse al proletariado para la lucha común contra el capitalismo*. El Partido Comunista debe acercarse a los campesinos. No debe hacerlo con fórmulas y teorías abstractas, sino con un programa práctico apto para despertar a los campesinos para *la lucha contra el terrateniente y contra el capitalista*. La unión entre los campesinos pobres y el proletariado es absolutamente indispensable; *únicamente la revolución proletaria puede liberar a los campesinos*, echando el poder del capital. Únicamente la revolución agraria puede impedir que la revolución proletaria sea aplastada por la contrarrevolución" (52).

Hay en las anteriores líneas más sabiduría revolucionaria que en centenares y miles de páginas embadurnadas por los Luis Carlos Prestes y demás Blas Roca. Son páginas que muestran que:

- a) la estrategia de revolución permanente no implica en modo alguno (como pretende la falsificación stalinista) una "subestimación del campesinado";
- b) la unión obrero-campesina es la base social de la revolución en América Latina;
- c) el enemigo por vencer es a un tiempo el terrateniente y el capitalista.

Formados en la escuela del leninismo, los primeros marxistas latinoamericanos, los "grandes antepasados" del movimiento comunista en el continente, formularon tesis cuya orientación general era la de la revolución permanente.

José Carlos Mariátegui, el primero y uno de los mayores pensadores marxistas de América latina, fundador del Partido Comunista peruano, escribía en un documento fechado en junio de 1929 (*Carta colectiva del grupo de Lima*): "Contra la América del norte, capitalista, plutocrática e imperialista, sólo se puede oponer eficazmente una América latina, o ibérica, socialista. La época de la libre competencia en la economía capitalista ha terminado en todos los campos y bajo todos sus aspectos. Estamos en la época de los monopolios, es decir, de los imperios. Los países latinoamericanos han llegado con retraso a la competición capitalista [...]. El destino de estos países dentro del orden capitalista es el de simples colonias [...]. La revolución latinoamericana no será ni más ni menos que una etapa, una fase de la revolución mundial. Será pura y simplemente la revolución socialista. A esta palabra agregad, según los casos, los adjetivos que deseéis: 'antimperialista'. 'agraria', 'nacionalista revolucionaria'. El socialismo supone, precede y engloba a todos ellos" (53). La similitud con las concepciones de Trotsky es evidente, y por lo demás ha sido subrayada por los especialistas en la obra de Mariátegui (54).

Por otra parte, Julio Antonio Mella, fundador del PC cubano, asesinado en 1929 por los agentes del dictador Machado, escribía en 1928 un folleto contra el APRA, el partido nacionalista burgués de Haya de la Torre que había sido considerado durante cierto período como el "Kuomintang latinoamericano" con el que había que aliarse. En su folleto, Mella asentaba las siguientes líneas, que no han perdido absolutamente nada de su actualidad: "Un buen país burgués con un gobierno estable: tal lo que los Estados Unidos quieren de cada nación de América, un régimen en el que las burguesías nacionales sean los accionistas menores de las grandes empresas [...]. Para hablar concretamente, la liberación nacional absoluta sólo será obtenida por el proletariado, y

ello por medio de la revolución obrera"(55). Con la degeneración stalinista-menchevique de los PC latinoamericanos sobrevenida después de 1935, la bandera de la revolución permanente sólo será sostenida en el continente americano, durante largos años, por la oposición de izquierda y poco después por la Cuarta Internacional.

Trotsky mismo escribió relativamente poco sobre América latina. Uno de sus textos más interesantes al respecto es un artículo de 1934 (citado en el Manifiesto de mayo de 1940 de la PV Internacional), que lanza la célebre consigna de los Estados Unidos Socialistas de América latina:

"La América del sur y la central no pueden librarse del retraso y de la servidumbre más que por la unión de todos sus Estados en una poderosa federación. Esta tarea histórica grandiosa no será realizada por la atrasada burguesía sudamericana, agencia enteramente prostituida del imperialismo extranjero sino por el joven proletariado de la América del sur, destinado a ser el dirigente de las masas oprimidas. En consecuencia, la consigna en la lucha contra la violencia y las intrigas del capitalismo mundial y contra la obra sangrienta de las pandillas compradoras indígenas es: "Por los Estados Unidos soviéticos de la América del sur y central"(56).

Treinta años antes de la carta del Che Guevara a la Tricontinental, el fundador de la Cuarta Internacional había subrayado ya el carácter continental de la revolución en América latina y su naturaleza socialista, y atribuido al proletariado latinoamericano la gigantesca tarea unificadora esbozada por Bolívar, que las oligarquías locales habían hecho fracasar.

En ese mismo año de 1934 en una reunión de exiliados políticos bolivianos, se fundaba en Córdoba, el POR, Partido Obrero Revolucionario de Bolivia, que iba a convertirse en la organización trotskista más importante de América latina.

En noviembre de 1946, se reunió en Pulacayo, Bolivia, un congreso de la Federación sindical de los mineros bolivianos, donde se aprobó un programa revolucionario inspirado por el POR, uno de los más notables documentos políticos del movimiento obrero latinoamericano: las *Tesis de Pulacayo*. La idea central de ese texto lo constituye precisamente la perspectiva estratégica de la revolución permanente: "La revolución proletaria en Bolivia no significa la exclusión de otras capas explotadas de la población, sino la alianza revolucionaria del proletariado con el campesinado, los artesanos y otros sectores de la pequeña burguesía. La dictadura del proletariado es la expresión estatal de esta alianza. La consigna de revolución y dictadura del proletariado subraya el hecho de que la clase trabajadora será el nuevo dirigente de esa transformación y de ese Estado. Por el contrario, plantear que por su naturaleza la revolución democrática burguesa debe ser llevada a cabo por los sectores "progresistas" de la burguesía, y que el estado futuro será un gobierno de unidad y de concordia nacionales, sólo expresa la firme intención de estrangular al movimiento revolucionario en los cuadros de la democracia burguesa. Una vez en el poder, los trabajadores no podrán detenerlo indefinidamente en los marcos democrático-burgueses y estarán obligados, día tras día, a asestar golpes cada vez mayores al régimen de la propiedad privada, de suerte tal que la revolución tomará un carácter de permanente (57).

El 9 de abril de 1952, el POR participa en el gran levantamiento del proletariado boliviano que ataca con dinamita al viejo Estado oligárquico. A iniciativa de los militantes del POR, el 7 de abril de 1952 se crea la COB (Central obrera boliviana), que al cabo de algunas semanas se presenta como un verdadero órgano de "doble poder". El primer programa de la COB, redactado a fines de 1952 por el cantarada Hugo González

Moscoso del POR proclamaba: "El proletariado boliviano es el más joven de América latina, pero también el más combativo y el más avanzado políticamente. Su elevada conciencia de clase ha superado el nivel de la lucha puramente económica, reformista y conciliadora. Su objetivo es la transformación completa de la sociedad bajo su dirección revolucionaria, en tanto que guía de toda la nación. Las tareas que históricamente corresponden a la burguesía serán realizadas por el proletariado"(58). Sin embargo, el POR es demasiado débil para poder asumir de manera efectiva la dirección del movimiento de masas y no puede impedir que el MNR tome el poder y engañe a los trabajadores con su demagogia "de izquierda". De 1952 a 1955, el POR va a luchar para profundizar la revolución en las ciudades, las minas y el campo, mientras que el MNR, con el apoyo del PIR (Partido de la izquierda revolucionaria; el partido stalinista de Bolivia) que participa en el gobierno, intenta y logra poner un dique, estabilizar, canalizar e "institucionalizar" el proceso revolucionario, antes de traicionarlo completamente. He aquí el testimonio a este respecto de un observador "no desinteresado": el informe de la Confederación interamericana de defensa del continente, organización para la guerra fría dirigida por el almirante brasilero anticomunista Penna Botto(59): "La revolución en Bolivia, infectada (*sic*) sobre todo por el sector trotskista, se ha profundizado según los métodos clásicos del marxismo y ha avanzado con gran velocidad [...]. El comunismo stalinista ha constituido un factor moderador [...]. Urquidí Morales, stalinista ferviente, no ha podido, desgraciadamente, impedir más que en parte que la reforma agraria signifique un desorden aún mayor y una ruina aún más grave para la agricultura boliviana (60)". Es necesario leer también el análisis del autor norteamericano R. W. Patch: "Los campesinos se habían organizado y, lejos de asociarse con el gobierno, se aliaron con el POR, partido de extrema izquierda (...). La reforma agraria era ya una realidad, antes de que fuera una ley. Los campesinos se dividían la tierra por propia iniciativa y expulsaban a los latifundistas de las propiedades." (61) Es cierto que el POR ha cometido muchos errores tácticos durante este período, especialmente en la décima conferencia de 1953, cuando se aprobó la línea de "presión sobre el gobierno del MNR". Esta desviación oportunista fue corregida en 1954-55, gracias al encarrilamiento del partido por la fracción proletaria internacionalista dirigida por el camarada González Moscoso.

La debilidad organizativa del POR —cuya influencia política superaba en mucho su capacidad efectiva de encuadramiento- ha permitido a la demagogia ultraradical del MNR (ayudada por los stalinistas) neutralizar las masas y hacer abortar la revolución boliviana, impidiendo su desarrollo ininterrumpido hacia el socialismo.

Sin embargo, vencida en Bolivia la revolución proletaria -ese viejo topo que abre sus caminos subterráneos en todos los continentes iba a reaparecer, menos de diez años más tarde, y esta vez para triunfar, en Cuba en 1959-60.

3) La revolución permanente en Cuba

En un análisis de la revolución rusa redactado en 1918, Rosa Luxemburgo escribía: "el *equilibrio* no puede mantenerse en ninguna revolución; una ley natural exige una decisión rápida: o bien la locomotora puede subir la pendiente de la historia hasta su punto más alto, o bien arrastrada por su propio peso, retrocede rodando hasta el fondo de aquélla, llevando al abismo, sin esperanzas de salvación, a los que con sus débiles fuerzas hubieran querido detenerla a medio camino" (62).

Esta frase resume, de manera notable, la diferencia fundamental entre las revoluciones de México, de Bolivia y de Guatemala, retenidas a mitad de camino para retornar "al

fondo de la pendiente", y la revolución cubana que por su avance hacia el socialismo ha "subido la pendiente de la historia".

La primera etapa de la realización de la revolución permanente ha sido la destrucción total, completa y sistemática del aparato represivo: el ejército y la policía del régimen de Batista fueron disueltos (los torturadores implicados en crímenes de guerra fueron ejecutados) y reemplazados por el Ejército Rebelde y, más tarde, por las milicias obreras y campesinas. Además, el aparato de Estado fue considerablemente depurado; el parlamento, las autoridades provinciales y locales disueltas. Sólo el aparato jurídico fue conservado, por el momento.

Esas medidas, y en especial la disolución de las bandas armadas del Estado capitalista (gracias a la victoria de la guerrilla y de la huelga general de enero de 1959) han sido la condición *primera, fundamental e indispensable* de todo el desarrollo ulterior de la revolución cubana' y de su rápida radicalización; radicalización que, por otra parte, fue prevista por el Che, quien desde *abril de 1959*, en una entrevista a un periodista chino hablaba de un "*desarrollo ininterrumpido de la revolución*" y de la necesidad de abolir "el sistema social" existente y sus "fundamentos económicos" (63).

La segunda etapa fue la reforma agraria (mayo de 1959) que tuvo también de inmediato consecuencias antiimperialistas, ya que el 40 % de las tierras a expropiar pertenecían a trusts norteamericanos, entre los cuales el tristemente célebre "Mama Yuni" (United Fruit Corporation), eminencia gris de todas las "repúblicas bananeras" de América central.

Ahora bien, desde el momento que los intereses de los terratenientes y del imperialismo se quedaron afectados, los representantes de la burguesía reformista, que hasta entonces habían aceptado colaborar con Fidel, se rebelaron contra él, obstruyeron por todos los medios la ley de reforma agraria y lanzaron gritos histéricos contra el "peligro comunista". La dimisión del presidente Urrutia, y la huida a los Estados Unidos en julio de 1959 del mayor Díaz Lanz, un derechista del Movimiento del 26 de julio, lo subrayaron. En Cuba el campo de fuerzas sociales comenzaba rápidamente a polarizarse: frente al bloque revolucionario de intelectuales "jacobinos", de campesinos y trabajadores, la Santa Alianza de los propietarios agrarios, los burgueses y el imperialismo.

He aquí el análisis efectuado por la IV Internacional con respecto a la revolución cubana en septiembre de 1959, en momentos en que por todas partes proliferaban las chacharas sobre la "ausencia de ideología de la revolución castrista" y su contradicción con los "viejos esquemas marxistas", etc.:

"La revolución democrática burguesa cubana, por impregnada que esté de color local, no deja de obedecer a las leyes de la revolución permanente de nuestra época. (...) Comenzada necesariamente como revolución democrática burguesa, tanto del punto de vista de su dirección como de las tareas inmediatas a realizar -independencia con relación al imperialismo, reforma agraria— ella se ha visto rápidamente envuelta en las contradicciones propias de toda verdadera revolución en nuestra época. Para que esas tareas democráticas burguesas puedan hallar una solución radical, es preciso luchar resueltamente contra el imperialismo y las fuerzas reaccionarias indígenas, incluso la burguesía, apoyándose ampliamente en la movilización y la organización revolucionaria de las masas campesinas y proletarias. Esto obliga a la revolución a ir más allá del marco burgués y a desarrollarse, de algún modo, orgánicamente como revolución proletaria y socialista" (64).

Inútil añadir que el desarrollo orgánico de la revolución cubana hacia el socialismo en junio-octubre de 1960, iba a confirmar de manera brillante y muy rápidamente esta previsión. El punto de partida de ese proceso fue la negativa de las compañías Texaco, Esso y Shell de refinar el petróleo soviético, importado a cambio de azúcar cubana según el acuerdo comercial soviético-cubano del 17 de junio de 1960, a un mes apenas del restablecimiento de las relaciones diplomáticas entre los dos países. La respuesta no se hizo esperar: el 29 y 30 de junio, el gobierno cubano embargaba las instalaciones de los trusts petroleros.

El mismo día la Cámara de Representantes de los Estados Unidos votaba la ley de reducción de la cuota de azúcar de Cuba, y cinco días más tarde, quedaba suspendida toda la importación de azúcar cubana. Y otra vez la respuesta de los revolucionarios fue inmediata: el 6 de julio, una ley otorgaba al gobierno cubano "plenos poderes para proceder a la nacionalización de las empresas y de los bienes de propiedad de las personas físicas o morales de los Estados Unidos". Algunos días después, la URSS ofrece su apoyo militar a Cuba y se dispone a adquirir el azúcar cubano rechazado por los norteamericanos. Finalmente, el 6 de agosto un decreto proclama *la expropiación de los principales monopolios norteamericanos* en Cuba: teléfonos, electricidad, petróleo, centrales azucareras, industrias, etc. (...) al tiempo que Fidel anuncia, en la tarde del mismo día, en un discurso al Congreso latinoamericano de la juventud, la constitución de *milicias obreras y campesinas*.

¿Cómo ha reaccionado la burguesía "nacional" cubana ante esas medidas antiimperialistas radicales? Con el pánico, la emigración a Miami, la exportación de capitales, el sabotaje económico, la parálisis de los negocios. Frente al espectro aterrador de la revolución, la burguesía cubana ha ido a refugiarse bajo el ala protectora del imperialismo norteamericano.

Ante ese desafío, los revolucionarios cubanos no tenían más que una alternativa: golpear o capitular. En octubre de 1960, el régimen de Fidel y de Guevara golpea al capital nacional y franquea, así, el último paso hacia el socialismo: el 14 las principales empresas comerciales e industriales cubanas son nacionalizadas, lo mismo que prácticamente todos los bancos nacionales y extranjeros; tres días más tarde, la ley de reforma urbana proclama el derecho de los locatarios a la propiedad de sus hogares y expropia los trusts inmobiliarios.

El Che Guevara subraya con razón la estrecha ligazón entre todas las medidas del poder revolucionario, de la reforma agraria a la expropiación de los capitalistas, medidas cuyo "encadenamiento lógico nos condujo desde la primera a la última, en un proceso progresivo y necesario" (65).

Las tentativas de los contrarrevolucionarios cubanos de Miami y del imperialismo de los Estados Unidos (el "liberal" Kennedy...) de aplicar a Cuba, enferma de fiebre revolucionaria, la "terapéutica guatemalteca", en abril de 1961, fracasará miserablemente. En la bahía de Cochinos, las milicias obreras aplastan en sesenta y dos horas al llamado "Ejército de Liberación" *made in US*. Con las armas en las manos, el proletariado confirmaba así, su papel de primera fuerza revolucionaria del país. Pocos días después, el 1º de mayo de 1961, Fidel proclamaría "oficialmente" el carácter socialista de la revolución cubana ante una multitud inmensa de milicianos, trabajadores, estudiantes, obreros y campesinos que llevaban banderas rojas y banderolas con la inscripción: *¡Viva nuestra revolución socialista!*

No es un azar el que la revolución socialista cubana haya sido conducida no por el viejo partido stalinista de la isla, sino por una nueva dirección revolucionaria que, libre de la pesada hipoteca ideológica del stalinismo-menchevismo, se ha atrevido a atacar las bases mismas del capitalismo, para descubrir, empíricamente, el camino del triunfo, el camino de la revolución permanente.

Tampoco es por azar si la burguesía cubana, sus hombres de negocios, sus cuadros superiores, sus jueces y políticos corrompidos, frente al alza del movimiento popular en 1959, frente a la amenaza de los trabajadores y campesinos armados, se han aliado con la oligarquía rural y con el imperialismo, pasándose literalmente con "armas y bagajes" al bando de la contrarrevolución. Uno ve así, en el seno del frente de emigrados de Miami que ha preparado la invasión de playa Girón, la asociación de antiguos esbirros del régimen de Batista con burgueses "liberales" (Miró Cardona) y con ex-miembros del ala derecha del 26 de julio (Manuel Ray), todo bajo la protección activa del imperialismo norteamericano.

La revolución cubana ha trastocado completamente la relación de fuerzas en América latina y terminado con la hegemonía político-ideológica del reformismo en el continente. Durante la década del 60, la IV Internacional ya no estará más aislada en su lucha por la revolución permanente en América latina: un gran número de grupos y de nuevas corrientes, inspiradas por el ejemplo cubano, levantarán también la bandera roja de la revolución socialista continental.

El primero en hacerlo fue el mismo Che Guevara. Desde 1963, en su ensayo, *Guerra de guerrilla: un método*, el Che había insistido en que, en América latina "cuando las vanguardias armadas de los pueblos tomen el poder, tendrán que liquidar en sus países a un mismo tiempo, el imperialismo y los explotadores locales. Ellas tendrán que cristalizar la primera etapa de la revolución socialista; podrán comenzar a construir el socialismo" (66). Pero el escrito del Che que en este terreno ha tenido mayor resonancia, el que ha alimentado la reflexión de toda una nueva generación revolucionaria en América latina (y en otros lugares) ha sido la célebre *Carta a la Tricontinental* de 1967, en la que Guevara declara categóricamente: "La liberación real de los pueblos [...] tomará ineludiblemente en América, la característica de una revolución socialista [...]. Las burguesías nacionales ya no son capaces, en absoluto, de oponerse al imperialismo -si es que alguna vez lo han sido- y forman ahora su retaguardia. *No hay otro camino a seguir: o revolución socialista o caricatura de revolución*" (67)

En el curso de los años 60, bajo la influencia de la experiencia cubana, de los textos del Che y también, con frecuencia, de las tesis del movimiento trotskista, como de sus propias experiencias en la lucha, muchas organizaciones de vanguardia se van a pronunciar por una estrategia de revolución permanente: el MIR de Chile, Vanguardia Revolucionaria en Perú, el POC (Partido obrero comunista), la VAR-Palmares y el MR-8 de Brasil, Douglas Bravo y las FALN de Venezuela, Yon Sosa y las FAR de Guatemala, el Frente sandinista de Nicaragua, los Tupamaros en Uruguay, etc. No es de extrañar, por lo tanto, que esa estrategia haya sido aprobada por el congreso de las OLAS, en agosto de 1967, la que en su resolución general afirmó: "El contenido esencial de la revolución en América latina reside en su confrontación con el imperialismo y las oligarquías agrarias y burguesas. En consecuencia, el carácter de la revolución lo da la lucha por la independencia nacional, por la emancipación de la presión de las oligarquías y por su total desarrollo económico y social por el camino del socialismo".

Así, después de más de treinta años de monopolio ideológico del mito stalinista de la "etapa democrático-burguesa", la vanguardia revolucionaria de América latina comenzaba a encontrar, al fin, el camino del leninismo.

Por su reconocimiento explícito y riguroso del carácter *continental* de la revolución latinoamericana, contra el nacionalismo estrecho de los patriotas burgueses y de los nacional-reformistas, el congreso de la OLAS ha representado también un paso importante; ha subrayado la comunidad histórica de los pueblos latinoamericanos en el pasado, su unidad presente en la lucha contra el enemigo imperialista y su porvenir común en el seno de una América latina liberada de la explotación y la opresión.

Los revolucionarios latinoamericanos adherían así a las tesis de Trotsky sobre América latina de 1934: la revolución socialista no puede encerrarse en los límites de un solo país; ella tiende a traspasar las fronteras nacionales para extenderse a todo el continente, hasta llegar al establecimiento de la Federación de los Estados socialistas de América latina.

4

La revolución permanente en América latina hoy en día

1) Los fundamentos económicos de la revolución permanente en América latina.

La base teórica que permitió a Trotsky en 1905 analizar la Rusia zarista, la ley del desarrollo desigual y combinado, es también la única que permite explicar la naturaleza de las formaciones económico-sociales de América latina. Sin embargo, a diferencia de las de Rusia, esas formaciones no han tenido un pasado feudal propiamente dicho; se han constituido ya en el interior del sistema capitalista (mercantilismo) mundial. La historia de América latina comienza directamente con el absolutismo (siglo XVI) y el capitalismo comercial, aunque en ciertos sectores se han formado relaciones sociales precapitalistas (esclavitud, servidumbre). Pero aun esas relaciones sociales se han insertado en un sistema productivo fundamentalmente capitalista, ligado al mercado mundial, que exportaba minerales (oro, plata, cobre, etc.) y productos agrícolas (azúcar, café, carne) hacia las metrópolis coloniales. El siglo XX ve desarrollar en el continente una industria que del punto de vista económico, financiero y tecnológico llega a ser cada vez más dependiente de los centros motores del progreso capitalista, las metrópolis imperialistas.

El resultado de ese proceso de desarrollo desigual y combinado es la constitución de formaciones sociales caracterizadas por una amalgama de formas arcaicas y modernas, precapitalistas atrasadas y burguesas monopólicas, agrarias "tradicionales" y capitalistas avanzadas, técnicamente antediluvianas y de tecnología ultramoderna. Empero, no se trata de ningún modo de un pretendido "dualismo" como lo afirma cierta escuela de pensamiento, representada por sociólogos burgueses y economistas pseudo-marxistas. Las sociedades latinoamericanas constituyen, cada una, un conjunto global y coherente en el que domina el capitalismo. Como lo subraya Marx: "En todas las formas de la sociedad, es una producción determinada y las relaciones que ella engendra, la que asigna a todas las otras producciones y a sus relaciones, su rango e importancia. Es como un alumbrado general que absorbe a todos los colores, y cuyas particularidades específicas son modificadas por aquél" (68). En las formaciones sociales de América latina, es el capitalismo, en tanto que modo de producción dominante, el que "modifica las tonalidades específicas" de las relaciones precapitalistas, el que las integra a su lógica, las recompone a su manera, las absorbe y "desnaturaliza"; el que las hace funcionar en su marco estructural, de acuerdo a sus necesidades e intereses. La hegemonía capitalista impregna la estructura de la formación social y subordina al mecanismo de la ganancia el conjunto del sistema productivo. Esto era válido para la esclavitud hasta el siglo XIX y sigue siendo válido para toda una serie de relaciones de tipo precapitalista que persisten en el campo latinoamericano: trabajo gratuito para el terrateniente, renta en especie, poder señorial del latifundista sobre "sus" campesinos, huasipungo, coloniaje, peonato cambio, etc.

Para los ideólogos dualistas (como J. Lambert, autor del libro "Les Deux Brésils"), hay en los países latinoamericanos dos sectores socioeconómicos distintos: el sector moderno capitalista en vías de desarrollo, y el sector feudal, arcaico, subdesarrollado, cortado o aislado de la expansión capitalista y del mercado. Ahora bien, como lo han demostrado inagistralmente André Gunder Frank, el subdesarrollo no es el producto de un pretendido "aislamiento", sino precisamente el de la inserción en el sistema capitalista mundial:

"Para tomar un ejemplo, el subdesarrollo del noreste brasileiro, que es hoy día una de las regiones más pobres del globo (...) no es debido al "aislamiento", la "cultura arcaica" y el "régimen feudal", que Lambert y muchos otros, de los cuales por desgracia, demasiados titulados marxistas, consideran la causa. Al contrario, el subdesarrollo del noreste brasileiro debe relacionarse con la contradicción dialéctica interna fundamental del sistema mercantilista (luego capitalista) unitario y único, contradicción que ha provocado (...) la depresión de la economía azucarera brasileña en el siglo XVII, el sacrificio en el siglo XVIII de la esclavitud a los intereses textiles británicos, el desplazamiento de la metrópolis brasileña hacia la región del sur productora de café, que hoy día despliega nuevos métodos para extraer el capital del nordeste en provecho de las metrópolis mundiales y de la brasilera" (69).

En realidad, la teoría dualista del "sector feudal", considerado como el obstáculo para el desarrollo económico capitalista, sirve de fundamento ideológico a los economistas burgueses para una estrategia política reformista de "modernización" de la agricultura y de "desarrollismo" industrial, o de revolución democrática "antifeudal" para los "marxistas". Ahora bien, la unidad estructural de las formaciones sociales latinoamericanas, y su dominación por el modo de producción capitalista; la desigualdad del desarrollo según las regiones, ramas y sectores de la economía en función de las necesidades de las metrópolis; la combinación compleja y contradictoria entre las formas modernas y las formas precapitalistas en la agricultura, en el interior de un marco fundamentalmente capitalista, comportan algunas consecuencias sociales y políticas decisivas:

1) La "revolución antifeudal" es un mito, puesto que no hay "sector económico feudal" y el obstáculo al desarrollo es el mismo capitalismo, que "desarrolla el subdesarrollo", según la feliz expresión de Gunder Frank. Es el capitalismo mismo el responsable de las desigualdades regionales, del monocultivo, de la miseria y de la ignorancia de las masas campesinas, de los métodos brutales de explotación de los trabajadores agrícolas, del endeudamiento de los "minifundistas". En consecuencia, sólo una revolución anticapitalista puede resolver de manera efectiva el problema agrario y liberar a los campesinos de su pobreza y del subdesarrollo.

2) La burguesía industrial y la oligarquía rural están ligadas por una relación de cooperación antagónica que corresponde a la estructura misma de la formación social y a su interés común en el mantenimiento del sistema capitalista. En cada país, el bloque en el poder refleja la relación de fuerzas y el grado de unidad contradictorio entre las dos clases. La hegemonía de la fracción monopolista industrial llega a ser, cada vez más, la tendencia dominante. Esta hegemonía puede asumir a veces una forma bonapartista-populista, y aún reformista-agraria; sin embargo, en vez de llevar una lucha a muerte contra la oligarquía rural, la fracción monopolista industrial se limita a cambiar la dirección de la acumulación del capital en un sentido más favorable al desarrollo industrial. Es importante estudiar a fin de observar el reflejo a nivel ideológico de esta cooperación, los resultados de las investigaciones efectuadas por el sociólogo brasileiro Fernando Henrique Cardoso. El 88 % de los grandes empresarios industriales en Brasil y la Argentina, piensan que no hay una contradicción de fondo entre los sectores rurales y el sector industrial (70).

3) El campesinado tiende, cada vez más, a convertirse en una masa con carácter proletario o semiproletario, lo que tiene evidentes implicaciones políticas,

a) Facilita considerablemente la alianza obrera-campesina.

b) Ofrece un terreno favorable para la transformación de la revolución democrática en el campo. Por ejemplo: Cuba 1959-63, con relación a las dificultades que se conocieron en Rusia (1917-1933) en donde la agricultura tenía efectivamente, antes de 1917, un carácter precapitalista.

La demostración por Gunder Frank, Luis Vítales (Chile), Caio Prado Junior (Brasil) y otros, del carácter fundamentalmente capitalista de la agricultura latinoamericana, no hace más que volver todavía más aleatoria una pretendida etapa revolucionaria democrático-burguesa "antifeudal", la que, por otra parte, ni siquiera ha tenido lugar en un país de estructura agraria semifeudal como Rusia, donde el proletariado, aliado al campesinado, ha sido el único capaz de romper las relaciones precapitalistas y de inmediato y en un proceso ininterrumpido, las mismas relaciones capitalistas. En ese sentido las tesis de Gunder Frank y de los marxistas latinoamericanos deben ser consideradas como un argumento adicional a favor de una estrategia de revolución permanente, como la prueba de que la fusión entre las tareas democráticas burguesas y las tareas socialistas, en lo que respecta a la cuestión agraria, es todavía mayor en América latina que en Rusia o China.

En el sector industrial, la cooperación antagónica en un marco de creciente dependencia económica, caracteriza las relaciones entre la burguesía "nacional" y el imperialismo. Después del fracaso económico y político de las diversas tentativas de desarrollo nacional "autónomo" (Vargas, Perón, Goulart, etc.), la burguesía nacional latinoamericana (especialmente la de los grandes países semiindustrializados del continente: Argentina, Brasil, México) ha elegido el camino de la cooperación con el capital imperialista. Esa elección no implica, en absoluto, la ausencia de conflictos, obstáculos, dificultades, choques, antagonismo, captura de barcos de pesca, discursos nacionalistas y a veces aún de algunas expropiaciones (con indemnización); sin embargo, esas contradicciones se sitúan en el interior del marco fundamental e inquebrantable de una integración económica con el capital imperialista mundial. Esta integración puede asumir las formas más diversas y más complejas, de las cuales una de las más en voga actualmente es la asociación en una misma empresa del capital imperialista privado (multinacional), el capital industrial "nacional", del capital bancario internacional y del capital estatal "nacional".

Un ejemplo característico: el gran combinado de la industria frigorífica levantado en la Argentina, Uruguay, Brasil y Paraguay bajo el patrocinio de la AID (Asociación para el desarrollo internacional), banca controlada por los Estados Unidos con la participación de capitales "nacionales" de esos países, así como de la ADELA, compañía multinacional privada, en la que se hallan asociados el grupo Rockefeller, el Chase Manhattan Bank, el Deutsche Bank, el trust Svift de Chicago, etc. (71).

Ese proceso no es específico de América latina, sino que corresponde a una tendencia general hacia la concentración e internacionalización del sistema capitalista mundial bajo la hegemonía de los grandes monopolios imperialistas multinacionales que dominan las economías capitalistas subdesarrolladas y "periféricas" por su superioridad técnica y financiera.

En el cuadro de esta asociación entre el capitalismo "nacional" y los centros imperialistas, el capital público, estatal, de los países latinoamericanos desempeña un papel cada vez más importante. Es preciso, a ese respecto disipar las ilusiones expandidas por el nacional-reformismo sobre las virtudes "nacionalistas" "progresistas" y hasta "antiimperialistas" del capitalismo de estado y de las empresas públicas en América latina. El verdadero papel de las inversiones públicas es el de proveer la

infraestructura para el libre desarrollo de las empresas privadas nacionales y sobre todo imperialistas. He aquí algunos pasajes reveladores de un documento extraordinariamente cínico, recientemente publicado por el consulado brasilero en Nueva York:

"La falta de capital es uno de los principales problemas de todos los países en vía de desarrollo. Falta sobre todo en los sectores de base -la infraestructura económica o preparación del terreno- en los cuales el capital foráneo o el doméstico no quieren o no puede asumir los riesgos y la larga espera de la rentabilidad.

"Pero si el terreno no está preparado, si no existen disponibles el combustible, el acero, los transportes y las principales bases de la producción, el capital privado no invertirá en los sectores secundarios y la economía del país quedará estancada.

"Es por eso que el gobierno brasilero ha asumido el papel de gran empresario en esos sectores de base [...].

"El propósito del gobierno en esa actividad es siempre la de posibilitar que el capital privado, una vez establecida esa base, desarrolle con provecho sus empresas y construya de ese modo la economía global del país [...].

"Así el gobierno de Brasil se ha convertido en uno de los principales empresarios. Y lo ha hecho sólo con el fin premeditado de hacer posible que la empresa privada ocupe su lugar en los sectores donde en la etapa actual puede hacerlo.

"Por ejemplo, luego de que la industria automotriz logró su despegue, la Compañía nacional del acero, vendió su participación del 40 % en Simca do Brasil a la Chrysler. El 82 % del gobierno en la Fábrica Nacional de Motores ha sido vendido a Alfa Romeo. El 32 % de las acciones en las Acerías Usiminas fue vendido a inversores japoneses. Decenas de empresas similares, fundadas con capital gubernamental, son ahora privadas"(72).

Hemos citado de manera extensa ese texto oficial del régimen militar brasilero, porque confiesa sin el menor pudor las prácticas que los otros gobiernos latinoamericanos tratan cuidadosamente de camuflar bajo el ruido y la humareda de incontables discursos patrióticos y de declaraciones nacionalistas.

En realidad, la imagen de una burguesía nacional independiente, antiimperialista, hasta nacionalista-revolucionaria, que utiliza el Estado como instrumento de expropiación masiva y de lucha radical contra los trusts norteamericanos, aparece ahora en América latina como un mito tan poco realista como la visita de Papá Noel. La asociación íntima y fraternal entre el capital estatal y los monopolios extranjeros es, hoy en día, lo general en América latina, incluso en el Perú de los militares "nacionalistas", hasta "revolucionarios"; según recientes noticias, la Occidental Petroleum ha firmado un contrato por treinta y cinco años para la explotación del petróleo peruano del Amazonas, contrato que significa una asociación a medias con la empresa estatal Petroperu. Resultado de este acuerdo: asalto general al "oro negro" peruano. La Tenneco, la Union, la Pan Occan y la Shell Oil están ya en tren de negociar con Petroperu (73).

La asociación económica, financiera y tecnológica (sin hablar de la política y militar) entre la burguesía llamada nacional y los grandes monopolios multinacionales; el lazo indisoluble que une en América latina el capitalismo al imperialismo, así como la incapacidad de esa burguesía para llevar una lucha consecuente contra el dominio

imperialista, tales son los fundamentos socio-económicos de la fusión entre las tareas antiimperialistas y socialistas, entre la liberación nacional y la abolición del capitalismo, en un proceso de revolución permanente.

2) La base social de la revolución socialista: la alianza obrera-campesina.

La única fuerza capaz de hacer la revolución latinoamericana y de impulsarla a su transformación en socialista es la alianza de los trabajadores de las ciudades y del campo, asociados con los estudiantes, los intelectuales, las capas medias radicalizadas y el subproletariado de los sin trabajo.

En la mayor parte de los países del continente, el campesinado constituye todavía la mayoría de la población. Brutalmente explotados por los latifundistas nacionales o por las empresas extranjeras, esclavizados por las deudas, engañados por reformas agrarias ficticias, aplastados por la miseria, las enfermedades endémicas, la desocupación, el analfabetismo y la represión policial; sometidos a menudo a la opresión nacional (indios del Perú, de Guatemala, de Bolivia, etc.), los campesinos son, sin duda alguna, los "condenados de la tierra" del continente latinoamericano. Ellos pueden ser considerados, como lo prueban los ejemplos mejicano, boliviano y cubano, como una inmensa fuerza potencialmente revolucionaria, e incluso en muchos países como la principal fuerza revolucionaria. Esto es cierto con respecto al proletariado agrícola y también a los medieros, y hasta a los pequeños campesinos pobres que por otra parte han constituido en Cuba, Guatemala y Nicaragua la primera base social de la guerrilla y, en Brasil, la mayor parte de los miembros de las ligas campesinas. Sin embargo esta enorme fuerza dispersa, amorfa e inorgánica, necesita de una dirección que no puede llegarle nada más que del reformismo burgués o del partido proletario. En el primer caso, como sucedió en México y en Bolivia, la revolución será desviada hacia un mísero callejón sin salida capitalista; en el segundo, como el Cuba, el paso hacia el socialismo será posible.

La dirección proletaria del movimiento campesino no debe entenderse, necesariamente, en un sentido sociológico inmediato, sino sobre todo en el sentido de dirección político-ideológica, dirección de una vanguardia organizada que representa los intereses históricos del proletariado y se guía por su ideología, el marxismo leninismo (cualquiera que sea, por otra parte, su composición social en un momento dado).

El proletariado latinoamericano es una fuerza cuyo peso político y social supera en mucho su cantidad numérica. No sólo en la Argentina y Uruguay, donde constituye la aplastante mayoría de la población activa, sino también en Chile, Brasil, México, República Dominicana, Bolivia, la clase obrera y las masas urbanas han desempeñado, en el curso de los últimos diez años, un papel revolucionario cada vez más importante. La realidad ha desmentido de manera radical las teorías neo-fanonistas acerca de la "aristocracia obrera" en América latina y sobre el carácter "naturalmente" reformista del proletariado del continente. No sólo el nivel de vida de las masas obreras no ha aumentado, sino que en muchos países (Uruguay, Brasil, Argentina), el deterioro de los salarios reales se ha acentuado en los últimos años, a veces en proporciones dramáticas (por ejemplo, en Brasil el salario mínimo real ha caído de un índice 100 en 1963, a un índice 56 a fin de 1969). Por otra parte, el extraordinario levantamiento urbano de Santo Domingo en 1965 y, posteriormente, la rebelión obrera en Córdoba en 1969 (convertida, bajo el nombre de *Cordobazo*, en el nuevo espectro que turba el sueño de los gorilas latinoamericanos) son suficientes para demostrar el vacío teórico de las ideologías que, partiendo de una interpretación falsa y abusiva de la experiencia cubana, querrían negar todo papel revolucionario al proletariado de América latina.

Es preciso añadir, sin embargo, que también en las grandes urbes latinoamericanas existe una gran masa de subproletarios calificados de "marginados", semidesocupados, desocupados, desclasados, lumpen, etc., que en razón de su débil desarrollo, de su gran concentración y, últimamente, de su alto nivel tecnológico, importado de las metrópolis imperialistas sin que esto sea contradictorio sino fruto del desarrollo desigual y combinado-, la industria no puede, absorber, ¿Esa vasta masa "plebeya" origen rural, inestable y explosiva, que se concentra alrededor de los grandes centros urbanos del continente (*barriadas* en Lima, *callampas* en Santiago, *ranchitas* en Caracas, *villas miseria* en Buenos Aires, *tugurios* en Bogotá, *favelas* en Río de Janeiro), puede tanto servir de masa de maniobra a los demagogos burgueses populistas (Pérez Jiménez en Venezuela, Rojas Pinilla en Colombia) como de "base roja" a los movimientos revolucionarios (FLN en Venezuela, en 1963; MIR en Chile, en 1970, etcétera). Esto depende, entre otras cosas, de una actitud justa de la vanguardia hacia esos "marginados". "La intervención política debe fijarse como objetivo el acercamiento de ese subproletariado de la clase Obrera, y no la defensa exclusiva de los intereses de esta última; ese es un error que se ha cometido. El desprecio en que a veces se tiene a tal "lumpen-proletariado" no puede más que corromper a los trabajadores más favorecidos, en detrimento del papel histórico que se les quiere hacer desempeñar. Muchos militantes han tenido ocasión de constatar, el potencial revolucionario de los habitantes, de las barriadas" (74). Eso no significa, como quisieran ciertos "innovadores", que sea necesario transformar a los subproletarios en la vanguardia de la revolución en reemplazo del proletariado.

Una última fuerza urbana, cuya importancia decisiva es preciso no subestimar, la constituyen los estudiantes. Por diversas razones (desocupación intelectual, radicalización mundial de la juventud, crisis de los valores y de la ideología burguesa, cambio de la composición social de la población escolarizada), el movimiento estudiantil tiende rápidamente a convertirse en una fuerza antiimperialista consecuente, y aún anticapitalista, cualquiera que sea su punto de partida. Por consiguiente, conviene considerarlo no sólo como una reserva de cuadros para las organizaciones revolucionarias, sino como "una verdadera fuerza política y social, susceptible de estimular y profundizar, por su intervención, las crisis revolucionarias" (75).

Dicho esto, y sin subestimar en ningún modo el papel de los estudiantes, el de ciertas categorías de pequeño-burgueses (en Brasil y Uruguay, por ejemplo, todo un sector de clases medias "modernas": intelectuales, profesores, cuadros de ingenieros, arquitectos, economistas, planificadores, etcétera, ha apoyado activamente la guerrilla urbana durante los años 1968 a 1970) y el de los subproletarios "marginados", no hay duda que la revolución no tendrá lugar más que por la movilización de los trabajadores de la ciudad y del campo; la alianza obrera-campesina sigue siendo hoy día el eje social estratégico de la revolución permanente en América latina.

¿Cuál es la base objetiva de esta alianza? Algunos discípulos latinoamericanos de A. Emmanuel, como Carlos Romeo, pretenden que en los países del Tercer Mundo en general y en América latina en particular "la industria nacional explota a la agricultura nacional. Los capitalistas y los obreros urbanos del mundo subdesarrollado se aprovechan de los precios baratos de productos procedentes de la agricultura y las minas". En consecuencia, según él, la explotación del proletariado del Tercer Mundo por los capitalistas se halla ¡"mitigada por la participación en la explotación conjunta" de los campesinos! Con ese tipo de argumento fantástico, se podría también acusar a los campesinos, miserables y explotados, de participar en la renta territorial que los terratenientes arrancan a los capitalistas. En realidad, tanto los campesinos como los

trabajadores son explotados, bajo formas y grados diferentes, por la oligarquía burguesa-latifundista asociada al imperialismo, y no se pueden librar de ese enemigo *común* más que uniendo sus esfuerzos. El interés del proletariado es abolir la renta territorial, lo que permitiría *a la vez* bajar los precios de los productos agrícolas y aumentar el nivel de vida de los campesinos. Además, el proletariado -minoría en la mayor de los países del continente sabe que "sin el coro de los campesinos el solo de la revolución proletaria corre el riesgo de transformarse en el canto del Cisne" (Marx). En cuanto al campesinado, su interés consiste *en* sostener la revolución proletaria socialista, porque:

a) en los países donde la alianza entre la burguesía industrial, la oligarquía agraria y los monopolios imperialistas impide toda reforma agraria (Brasil, Colombia, Guatemala, Nicaragua, Santo Domingo, etcétera) sólo la revolución proletaria puede liquidar el duro dominio de la gran propiedad-territorial y del imperialismo, y liberar a las masas campesinas.

b) en los países donde han tenido lugar las reformas agrarias burguesas (Bolivia, México), sólo una revolución proletaria puede librar a los campesinos de los nuevos terratenientes burgueses, de los usureros, de las grandes empresas capitalistas comerciales, y mediante una reorganización socialista de la agricultura, abolir la miseria, la desocupación, las enfermedades endémicas y el analfabetismo.

Pero si la alianza obrera-campesina corresponde a los intereses objetivos de las dos clases, ella no se realiza espontáneamente. En la historia de las revoluciones latinoamericanas hay frecuentes y desastrosas faltas de coincidencias en el ascenso político de ambas clases: en el momento en que los obreros se sublevan, el campesinado se mantiene apático o es aún empleado como masa de maniobra por la reacción (Bolivia, 1965-70), o viceversa (México, 1915-1919). La coordinación, la combinación, la unión concreta y la dirección común del movimiento revolucionario de los campesinos y obreros constituyen, por lo tanto, una tarea política conciente que debe ser asumida por *el partido proletario de vanguardia*.

¿Cuál es el peso específico de la clase obrera y del campesinado en ese frente común? Ese problema ha dado lugar a querellas interminables (acompañadas de múltiples escisiones) en el seno de la izquierda revolucionaria latinoamericana. Parece sin embargo que poco a poco tiende a lograrse cierto consenso sobre el hecho de que en algunos países es, evidentemente, el proletariado urbano la principal base social de la revolución (Argentina, Uruguay, Chile), mientras que en otros (Colombia, Guatemala, Nicaragua), la fuerza revolucionaria más importante es el campesinado (al menos por todo un período del proceso revolucionario) aún cuando la *dirección* de la lucha debe asumir, también en estos países, un carácter proletario por su programa e ideología. El problema resulta más complejo en los lugares (Brasil, México, Venezuela, Perú, Bolivia) donde el predominio agrario o urbano no es tan evidente, y donde resulta difícil prever de antemano qué sector desempeñará el papel de fuerza principal; es decir, países donde en consecuencia la vanguardia tiene que repartirse *simultáneamente* entre las ciudades y el campo. En los casos en que haya transcrecimiento de una revolución democrática en socialista, es posible que el papel del campesinado sea el determinante en el primer período y el del proletariado en el segundo (ejemplo: Cuba 1957-59, y 1960-61).

3) Revolución permanente y lucha armada

En América latina, la lucha armada es la única vía posible para su liberación. Esto no es un axioma dogmático, ni una obsesión romántica por las armas, sino la consecuencia lógica del carácter socialista de la revolución. En efecto: si la revolución sólo fuera "nacionalista" y democrática burguesa, ella podría contar (teóricamente) con el apoyo de algunos partidos burgueses "progresistas" mayoritarios en el terreno electoral, así como con una parte del aparato del estado, y sobre todo del ejército. La tesis de las "vías pacíficas" de los partidos stalinistas es por eso totalmente coherente con su premisa estratégica: la revolución por etapas. Y no tiene nada de sorprendente que algunos de esos partidos (Guatemala, Venezuela), después de haber utilizado durante un cierto período la lucha armada como táctica (medio de presión sobre la burguesía) hayan terminado siempre por abandonar la guerrilla para volver a su tradicional juego electoral.

Dado que la revolución es socialista, y su base social la alianza obrera-campesina, ella debe necesariamente, inevitablemente, quebrar el aparato capitalista y disolver las bandas armadas del capital, esos cuerpos especiales encargados de la represión (policía, ejército). No está excluido que este enfrentamiento tenga lugar después de una victoria electoral de las fuerzas populares (¿Chile?), que comience con una división en el seno del ejército (República Dominicana, 1965), o que no tenga desde sus comienzos un carácter socialista explícito (Cuba, 1957-59). Sin embargo, esos fenómenos serán más bien excepcionales: la regla en la mayor parte de los países del continente, será la *guerra revolucionaria prolongada*, basada a un mismo tiempo sobre la guerrilla campesina y las luchas obreras en las grandes ciudades bajo la dirección de un partido proletario revolucionario. Esta guerra será llevada a cabo al comienzo contra la policía y el ejército "nacionales" y enseguida, muy probablemente, contra la intervención armada del imperialismo que, como en Santo Domingo, correrá en ayuda del régimen burgués amenazado en América latina. Sea como fuere, la profundización de la revolución, su desarrollo permanente, su transcrecimiento en revolución socialista, tiene como primera y fundamental condición la destrucción del aparato represivo burgués. En tanto que este permanezca intacto, el movimiento popular terminará por ser abatido o bien "obligado a reacomodarse" bajo la amenaza de la espada de Damocles de los militares, hundiéndose así en las arenas movedizas de un reformismo impotente.

Pues bien, ese aparato represivo, que representa los intereses históricos de las clases dominantes, no ha sido jamás eliminado sin oponer una desesperada resistencia. En consecuencia, al ejército de la burguesía es preciso oponer el ejército de los trabajadores, en el que se integrarán los soldados, suboficiales y oficiales del ejército regular que se pasen al bando de la revolución (como Turcios Lima y el capitán Lamarca). Es por tal razón que las organizaciones de vanguardia que han asimilado la estrategia de la revolución permanente son las defensoras más intransigentes de la "vía armada" en toda América latina, y las más insensibles a los cantos de sirena de los "militares progresistas" y de otros patriotas profesionales. El caso de Chile presentado abusivamente, como modelo de la "vía pacífica por los reformistas de todo pelaje (quienes prevaliéndose, precisamente, de esa experiencia han vuelto últimamente a recobrar fuerzas en América latina) no invalida de ningún modo esa premisa. Los partidos obreros y pequeño-burgueses tienen allí *el gobierno*, pero no *el poder*. El poder económico, la gran prensa, el aparato represivo del Estado (ejército, policía), el aparato judicial y la burocracia, siguen estando en manos de la burguesía y sólo podrán serles arrancados por medio de un *enfrentamiento violento*. De ello están plenamente concientes los sectores revolucionarios de la izquierda chilena, los que se preparan

activamente para esa prueba de fuerza, "absolutamente inevitable si es que el gobierno de Allende intenta *realmente* aplicar su programa sobre el "comienzo de la construcción del socialismo en Chile". En Chile, como por lo demás en cualquier otro lugar, *la alternativa es: capitulación reformista o revolución armada*. El tercer camino: pacífico, parlamentario e idílico no existe más que en los sueños despiertos de los socialdemócratas y stalinistas (76).

4) La IV Internacional y la revolución latinoamericana

Durante los doce últimos años, desde la revolución cubana, América latina ha conocido un extraordinario desarrollo de luchas de masas obreras, campesinas y estudiantiles, de movimientos de guerrillas rurales y urbanas, y de insurrecciones populares. Durante todo ese período, la IV Internacional no ha sido "un comentarista de la lucha de clases": a pesar de las persecuciones policiales, las calumnias stalinistas, las escisiones y las defecciones, las principales secciones latinoamericanas de la Internacional han estado a la vanguardia de la lucha revolucionaria de sus países como *combatientes*:

en Perú, un dirigente del FIR (Frente de izquierda revolucionaria) trotskista, Hugo Blanco, ha lanzado uno de los más grandes movimientos de masas campesinas en la historia reciente del continente al organizar en el valle de la Convención, en 1961-63 la potente Federación de los sindicatos campesinos de Cuzco, que ocuparon las tierras de grandes terratenientes y se defendieron contra la policía con una milicia de campesinos armados. Además, el FIR ha sido la primera organización latinoamericana que en la década del 60 utilizó el método de expropiación revolucionaria de los bancos. En 1962, un comando dirigido por los militantes trotskistas Daniel Pereyra y José Martorell recuperó varios millones de soles en el Banco de Crédito de Miraflores.

—en Bolivia, el POR, sección boliviana de la IV Internacional, fue el único partido político que apoyó incondicionalmente la guerrilla del Che en 1967, y que enseguida colaboró estrechamente con Inti Peredo en la lucha contra el régimen de Barrientos (1968-69). En 1971, el POR, que no puso confianza alguna en los militares "nacionalistas", estuvo en la vanguardia de la resistencia armada contra el golpe de estado; un miembro del comité central del partido, Tomas Chambi, murió en el campo de batalla."

—en Argentina, el PRT (Partido revolucionario de los trabajadores, trotskista) ha tenido un papel de primera importancia, y desde 1970, por intermedio de su organización armada, el ERP (Ejército revolucionario del pueblo) lleva a cabo un gran número de acciones armadas: ocupación de fábricas, ataques a comisarías y cuarteles, expropiaciones de bancos, ejecuciones de generales verdugos, etc.

Superado el equívoco posadista (77), la IV Internacional puede jugar ahora un papel decisivo como catalizador político en el seno de la izquierda revolucionaria del continente. Para esto tendrá que aliarse con el ala más consecuente de la corriente de la OLAS, aquélla que mientras continúa incondicionalmente solidaria de Cuba revolucionaria, mantiene plena independencia con respecto a la política de ese país (Perú, etc.). Deberá también llevar una lucha ideológica intransigente, no sólo contra el reformismo stalinista tradicional, sino igualmente contra la versión maoísta de la "revolución por etapas", al mismo tiempo que una discusión fraternal con las corrientes

revolucionarias no-stalinistas que, en razón de una concepción empírica-militarista de la revolución, se niegan a definirse claramente por un programa socialista. Sin embargo, la IV Internacional llegará a ser un polo para los revolucionarios de América latina no sólo por las posiciones políticas e ideológicas que adopte, sino en la medida en que sus secciones continúen mostrando, en la práctica, su rigor y su combatividad, en la vanguardia de la guerra revolucionaria por la liberación de los pueblos latinoamericanos.

5

Conclusión: Diez tesis sobre la revolución permanente en América latina

I La teoría stalinista de la revolución por etapa es una vuelta al menchevismo; su aplicación ciega y obstinada por los PC de América latina desde 1935 a nuestros días, ha tenido como consecuencia sólo una política de seguidismo detrás de la burguesía, de capitulación oportunista y de traición objetiva a los intereses históricos del proletariado. Esta estrategia nacional-reformista, y el rechazo de los PC a conducir una política proletaria independiente, es uno de los factores responsables de muchas derrotas obreras: Guatemala 1954, Brasil, 1964, etc.

II. El modo de producción dominante en América latina, aún en el campo, es capitalista, estrechamente asociado a los monopolios imperialistas. Hablar de una revolución "antifeudal" y/o "nacionalista" (burguesa), significa estar en contradicción con la misma naturaleza de las relaciones de producción del continente. En América latina una verdadera revolución tendrá un carácter a la vez agrario, antiimperialista y anticapitalista.

III. Las revoluciones o semirrevoluciones burguesas en América latina, tanto las que han sido impulsadas por un potente movimiento popular, como las que han sido llevadas a cabo "desde arriba" han degenerado, o simplemente han abortado, y han sido incapaces de cambiar de manera radical la miserable condición del campesinado y, sobre todo, de librar a sus países de la dominación imperialista.

IV. Esta incapacidad de la burguesía latinoamericana de cumplir sus tareas históricas y desempeñar un papel revolucionario consecuente se debe a múltiples factores:

-llegada con retardo a la escena histórica, es ya conservadora antes de haber podido ser revolucionaria; está amenazada por el proletariado antes de poder oponerse al imperialismo.

-por sus innumerables lazos económicos, financieros, políticos y militares con el imperialismo (y frecuentemente con la oligarquía agraria) no puede ponerse a la cabeza de un movimiento nacional-democrático verdaderamente revolucionario (cualesquiera sean, por otra parte, sus contradicciones con esos sectores por el reparto de la plusvalía);

-después de la polarización del campo de la lucha de clases que siguió a la revolución cubana, la burguesía llamada nacional tiende cada vez más a buscar su salvación en la asociación económica con el imperialismo norteamericano y bajo su protección militar.

V. Las fuerzas sociales capaces de llevar a cabo las tareas tradicionales de la revolución democrática (el problema agrario y la liberación nacional) son: el proletariado, el campesinado, los estudiantes, los intelectuales, las capas pequeño-burguesas radicalizadas y las masas urbanas conocidas por "marginados", bajo la dirección de un partido revolucionario proletario (por su programa y su ideología). En esa revolución, las masas campesinas tendrán, en la mayor parte de esos países, un papel decisivo, con la condición que se constituya la alianza de los trabajadores de la ciudad y el campo

bajo dirección proletaria y en un combate político encarnizado contra la influencia de la burguesía en el seno del campesinado y de las masas urbanas.

VI. Sea cual fuere su forma inicial y las fases transitorias de su desarrollo, un poder revolucionario capaz de llevar a cabo las tareas democráticas deberá convertirse, al fin y al cabo, en un Estado de tipo obrero, sostenido por la inmensa mayoría de las masas, trabajadoras urbanas y rurales.

VII. Teniendo en cuenta los lazos económicos-políticos entre la burguesía local y el imperialismo, las tareas de liberación nacional sólo pueden realizarse en combinación con las propiamente socialistas. A través de un proceso de *revolución permanente*, la revolución democrática verdadera se transforma necesariamente en revolución socialista, como lo muestra el ejemplo cubano de 1959 a 1961. En tal sentido, todos los países del continente están "maduros" para una revolución socialista, y toda tentativa de negarlo en nombre del "nivel de las fuerzas productivas", es pura y simplemente una vuelta al economismo menchevique. "No hay otro camino a seguir: o revolución socialista o caricatura de revolución".

VIII. El carácter, en último análisis, socialista de la revolución latinoamericana, determina la necesidad e inevitabilidad de un enfrentamiento armado que destruya el aparato represivo del Estado burgués, enfrentamiento que en la mayoría de los países tomará la forma de una guerra revolucionaria prolongada.

IX. Por su propia dinámica, la revolución latinoamericana tiene un carácter continental. Nacida en un país (Cuba), tiende a pasar las barreras nacionales y a unir en un mismo combate contra las clases dominantes y el imperialismo (asociados en la OEA, la junta interamericana de defensa, etc.), a todos los pueblos de América latina. El ejemplo de Santo Domingo muestra el carácter continental de la contra-revolución. La tarea de la vanguardia es, por consiguiente, la de coordinar los diferentes frentes de la lucha revolucionaria en la guerra común, cuyo objetivo final es la liberación del continente y el establecimiento de la Federación de los Estados socialistas de América latina.

X. La probabilidad de una intervención imperialista contra la revolución en América latina (como en Santo Domingo en 1965 o bajo forma de guerra imperialista prolongada) pone también a la orden del día la coordinación entre los revolucionarios latinoamericanos y los revolucionarios de América del norte y de los demás países imperialistas. El ejemplo vietnamita muestra la importancia de la lucha contra la guerra imperialista en el seno mismo de la fortaleza norteamericana, la lucha por la desmoralización del ejército imperialista y por el retiro de las fuerzas intervencionistas. La IV Internacional podrá contribuir de manera decisiva a la realización de esta tarea de solidaridad revolucionaria.

La teoría de la revolución permanente no es nueva en América latina: se la encuentra explícitamente formulada en los textos del Komintern leninista (1920), en los escritos de los fundadores del comunismo latinoamericano (Mariátegui, Mella) y en los documentos del movimiento trotskysta. Pero particularmente en el curso de la década de 1960, a la luz de la revolución cubana y de los escritos del Che, una nueva generación militante va a encontrar en América latina las fuentes del marxismo revolucionario y va, asimismo, a entablar sus combates bajo la bandera de la revolución permanente.

Dedicamos estas páginas a la memoria de tres heroicos representantes de esa generación: Luis Eduardo Merlino (Brasil), Tomás Chambi (Bolivia) y Luis Enrique

Pujals (Argentina), militantes trotskistas, miembros de la IV Internacional, muertos en el combate por la revolución socialista latinoamericana y mundial.

- 1 Citado por León Trotsky: "La Révolution chinoise et les thèses de Stalin" en: P. Broué, *La Question chinoise dans l'Internationale communiste*. E.D.I., págs. 147 y 182.
- 2 Internacional comunista.
- 3 Saverio Tutino, *l'Octobre cubain*, Cahiers libres, F. Maspero.
- 4 K.S. Karol, *Les Guérilleros au pouvoir*. ed. Laffont, pp. 87 y 91, y L. Aguilar, *Marxism in Latin America*, p. 32.
- 5 K.S. Karol, *ob. cit.*, p. 90.
- 6 Blas Roca, *Por qué y para qué participan los comunistas en el gabinete* Ed. Sociales, La Habana, marzo de 1943, p. 3.
- 7 Cf. Blas Roca, *Los fundamentos del socialismo en Cuba*, Ed. Populares. 1961, pp. 195-200.
- 8 En R.J. Alexander, *Communism in Latin America*, Rutgers University Press, 1957. pp. 290-291.
- 9 En: L. Aguilar, *ob. cit.*, pp. 137-138
- 10 Cf. J. Arnault, *Cuba et le marxisme*, Ed. Sociales, p. 94.
- 11 Blas Roca y Lázaro Peña, *La Colaboración entre obreros y patronos*. Ed. Sociales, La Habana, 1945, p. 8.
- 12 Resolución de la III Asamblea Nacional, enero de 1946, en: Blas Roca, *¡Al combate!* ED. del PSP., 1946, p. 66.
- 13 Cf. J. Arnault, *Cuba et le marxisme*, p. 48.
- 14 En: K.S. Karol, *ob. cit.*, p. 142.
- 15 Blas Roca, "Ante las elecciones". *Fundamentos*, N° 140, agosto de 1954, p. 224.
- 16 Blas Roca, "El camino mambí de hoy", *Fundamentos*, mayo de 1955. p. 429.
- 17 R. Villa, "Las ofertas comerciales de la URSS y las necesidades económicas cubanas", *Fundamentos*, agosto de 1956, pp. 26 y 28.
- 18 *Fundamentos*, N° 149, diciembre de 1956 –junio de 1957, pp. 3 y 38.
- 19 Cf. Karol, *ob. cit.*, p. 158, y Silvio Frondizi, *La revolución cubana*. Montevideo, 1960, p. 151.
- 20 Blas Roca, *Balance de la labor del Partido...*, La Habana, 1960, pp. 87 y 88.
- 21 L.C. Prestes, "Informe", IV Congreso do PC do Brasil, *Problemas*, N° 64, diciembre de 1954, p. 91.
- 22 L.C. Prestes, *Unido Nacional para a Democracia e o Progresso*. Edições Horizonte, Río de Janeiro, 1945. pp. 1S. 21 y 25. El subrayado es nuestro.
- 23 L.C. Prestes, *Os comunistas na luta pela democracia*. ED. Horizonte, Río de Janeiro, pp., 10 y 12.
- 24 L.C. Prestes, *Manifesto de agosto de 1950*, p. 20. El subrayado es nuestro.
- 25 *Declaração sobre a política do Partido Comunista do Brasil*, Río, marzo de 1958, pp. 14 y 15. El subrayado es nuestro.
- 26 *Ibid.*, p. 16.
- 27 *Ibid.*, p. 25.
- 28 *Resolução política da convenção nacional dos comunistas*. Cadernos de Novos Rumos, Río, 1961, tesis N° 22.
- 29 Cf. L.C. Prestes en *Voz Operária*, setiembre de 1966.
- 30 Resolución política de la VI Conferencia Nacional de! PC de Brasil (m l.). *Pekin Information*. 19-XII-1966. pp. 32 y 35.
- 31 Todos estos datos son señalados por el moderado sociólogo mexicano Pablo González Casanova, en "México: the dynamics of an agrarian and "semica-pitalist"

- revolution", *Latín America, Reform or Revolution* (a Reader), Fawcett Publications Inc., 1968, Nueva York. pp. 468 y 469.
- 32 J.L. Schmidt, "L'imperialisme nord-américain en Amérique latine", en *Recherches Internationales*, N° 132, 1962, p. 100.
- 33 Declaración de Paz Estensoro de 1964, en: Liborio Justo. Bolivia, revolución derrotada. Rojas Araujo, ed. Cochabamba, 1967, pp. 189 y 198.
- 34 Liborio Justo, ob. cit., p. 206.
- 35 Cf. M. Niedergang. Les Vingt Amériques latines. Seuil. 1969 pp, 80 y 81.
- 36 "Le peronismo", en *Partisans*. N° 26-27, p. 63.
- 37 I. Frías, "La revolución guatemalteca", en Cuarta Internacional, marzo-mayo de 1954, pp. 52-54.
- 38 Manuel Pinto Usaga, Guatemala, apuntes sobre el movimiento obrero, México, 1954, p. 156. 39 Che Guevara, Textos militares, p. 156.
- 40 L. Worth, Civil-Military Relations in Argentina, Chile and Perú, Berkeley (California), 1966. p. 53.
- 41 La redacción de este trabajo data de 1972. (N. del T.) 42 Revista Quatrième Pouvoir, 10-1-1969.
- 43 6 de febrero de 1969. El subrayado es nuestro.
- 44 En *Oiga*. Lima, 1° de agosto de 1969.
- 45 Le Monde, 23 de febrero de 1970.
- 46 Alain Joxe, "Portée et limites du modèle péruvien", *Politique aujourd'hui*, N° 11, 1969, p. 64.
- 47 Le Monde diplomatique, abril de 1970.
- 48 Discurso ante la CE.PAL.
- 49 Discurso ante la ONU, septiembre de 1969.
- 50 Le Monde diplomatique, abril de 1970.
- 51 Trotsky, Results and Prospects, New Park. Londres, p. 198.
- 52 Citado por Ernest Mandel en "Révolution coloniale et bourgeoisie nationale, les staliniens d'Amérique latine sur la trace des menchéviks", Quatrième Internationale, octubre de 1959, pp. 47-48. El subrayado es nuestro.
- 53 J.C. Mariátegui, El proletariado y su organización, Grijalbo, México. 1970, pp. 119-120.
- 54 Cf. R. París, "Introduction á Mariátegui", en *Sept essais sur la réalité péruvienne*, Ed. Maspero. 55 Mella, "¿Qué es el APRA?", en *Ensayos revolucionarios*, Ed. Popular de Cuba y del Caribe, La Habana, 1960, pp. 23-24.
- 56 Writings of León Trotsky, 1939-40, Merit, p. 40.
- 57 En Liborio Justo, *Bolivia, la revolución derrotada*, Rojas Araujo. Ed. Cochabamba, Bolivia, 1967, p. 134.
- 58 En Liborio Justo, p. 156.
- 59 *Informe sobre la situación interna en Bolivia*, 1957.
- 60 En Liborio Justo, p. 176.
- 61 R.W. Patch, "Bolivia: diez años de revolución nacional", en *Cuadernos*, París, set 1962.
- 62 Rosa Luxemburgo, *La Révolution Russe*, Spartacus, París 1945, pp.15-16.
- 63 Che Guevara, *Selected Works*, M.I.T. Press, 1969, p. 372.
- 64 Editorial: Oú va la révolution cubaine", en *Quatrième Internationale*, set-oct. 1959, pp. 29-32.
- 65 Che Guevara. *Textes militaires* Maspero p. 119.
- 66 Che Guevara, *Textes militaires*, p. 163.
- 67 Che Guevara, *Textes Politiques*, pp. 208, 303.
- 68 Marx, Introduction a la critique de l'économie politique. ed. Sociales París, 1957, p. 170.

- 69 A.G. Frank, *Le développement du sous-développement* Maspero París, 1970, pp. 205-206.
- 70 Cf. Cardoso. *Politique el développement dans les sovietes dépendantes* Ed. Anthropos, París, 1971. p. 182.
- 71 E. Mandel "Imperialismo y burguesía nacional en América latina", en *Cuarta Internacional*, N° 1, Buenos Aires, Julio de 1973.
- 72 "Government lays groundwork", en *Brazilian Bulletin*, published by Brazilian Government Trade Bureau, New York, vol. 26, N° 526, marzo 1971, p.7.
- 73 Newsweek, 18 octubre, 1971.
- 74 Jeanette Habel, "L'Amérique latine et la lutte de classes", *Partisans*, N° 37, juin 1967, p. 76.
- 75 Resolución sobre América latina, IX Congreso mundial de la IV Internacional, abril de 1969.
- 76 Este trabajo fue escrito en 1972 (*N. del T.*).
- 77 El posadismo que en 1961 se inició como una secta desprendida de la IV Internacional, ha degenerado rápidamente para transformarse en los últimos años en un fenómeno relacionado con la patología política. Por desgracia, durante mucho tiempo ha creado gran confusión al reivindicarse falsamente del trotkismo. Para medir el grado de descomposición política a que ha llegado ese grupúsculo. en vías de desaparición, basta con recordar que no sólo ha sostenido al régimen de Alvarado en Perú y de Ovando en Bolivia. sino que recientemente ha descubierto en el seno del régimen militar *brasileño* una "corriente nacionalista que se eleva constantemente en su intervención e impone al gobierno medidas sociales (¿?), populares (¿?), de nacionalización (¡!)". Cf. *communique desm posadisles brésiliens*, du 15-11-1970, en *Lutte Commmiste*, N° 1852, 11-12-1970. p 3.